12047

EL TEATRO,

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL WALS DE VENZANO,

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON ANTONIO HURTADO.

MADRID.
OFICINA, PEZ, 40, 2.º
1872.

11

EL WALS DE VENZANO.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/elwalsdevenzanoc26511hurt

EL WALS DE VENZANO,

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

DON ANTONIO HURTADO.

Representada en el Teatro del Príncipe el dia 6 de Diciembre de 1872.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
ADELA	Sra. D.ª Teodora Lamadrid.
ISABEL	Sta. Bold
GREGORIA	Sra. Hijosa.
UN SONÁMBULO	Sres. Vico.
DON JUAN DE MENDOZA	Buron.
LUIS	Morales.
DON LESMES	Pizarroso.
ENRIQUE	Zamora.
UN LACAYO	Lopez.
UN MUCHACHO QUE NO SE VE.	»

La escena pasa en Madrid.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica titulada el Teatro, de DON ALONSO CULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO. SEÑOR

DON JOSÉ FARIÑAS,

MINISTRO DEL TRIBUNAL DE CUENTAS DEL REINO.

Mi querido amigo y compañero: Dos meses hará, si mal no recuerdo, que me hizo usted esta pregunta:—«¿Por qué no escribe usted una comedia *espiritista?*—¿Recuerda usted mi contestacion?—Fué la siguiente, si no la ha olvidado.—¡Empresa arriesgada sería! El espiritismo es de ayer, es poco conocido todavía, y tiene una multitud de enemigos que le hacen impopular y *hasta ridículo.*—Qué importa eso? me replicó usted: contra la *incredulidad sistemática* tiene usted la *experimentacion real;* experimentacion que en vano el charlatanismo procura disfrazar con el traje de los saltimbanquis, porque cuando se practica entre gentes sérias, hace enmudecer á los *esprits forts*, y obliga á los sabios á encogerse de hombros como confesándose vencidos. Verdad es que esta experimentacion deja mucho que desear en ocasiones; pero ante los fenómenos que acusan la presencia de agentes desconocidos en la intervencion de ciertos actos humanos, ¿cómo es posible permanecer incrédulos?... ¿Cómo es posible atribuir á la *casualidad* á lo que viene revestido de caractéres inteligentes y racionales? ¿Teme usted que el juicio público le califique de *loco* ó de *visionario?* Y qué puede á usted importarle el juicio de un público, cuya generalidad desconoce la doctrina y su experimentacion? ¿No ha visto usted como yo, en presencia de hombres científicos, *hechos sobrenaturales* que le han dejado suspenso y absorto? ¿No ha oido usted, como yo, á los hombres de ciencia, confesar que esos hechos no podian producirse sin la

intervencion de *agentes desconocidos?* Á hombres ilustres en medicina, ¿no ha oido usted confesar ante las manifestaciones de un *sonámbulo,* que el *sonambulismo dormido* ve mucho más que la *ciencia despierta?* ¿No ha visto usted *improvisar* magníficas melodías á un sonámbulo, *ignorante* de toda nocion musical? ¿No ha oido usted desenvolver la teoría de la formacion de los mundos, con una doctrina asombrosa, á uno de esos *mediums* que la generalidad apellida charlatanes? ¿No ha presenciado usted otros fenómenos más *tangibles aún,* que acusaban la presencia entre nosotros de séres ultra-terrestres? ¿Pues por qué retrocede usted, teniendo este arsenal de pruebas, ante la idea de una comedia espiritista? Me anticipo á la réplica que va á hacerme, refugiándose en el terreno religioso.—Va usted á decirme que las convenciones religiosas tienen admitidas como posibles las *apariciones materiales,* y que en el teatro no se comprenderán ni admitirán las que proceden del mundo invisible, ¿no es cierto?—Pues bien, á esto contestaré yo que es preciso caminar con el progreso intelectual del mundo, y que todos tenemos el deber de *matar el absurdo* donde quiera que se encuentre. La ciencia *declara impenetrable* la materia, y como tal, es absurdo el hecho del *Convidado de Piedra.* ¿Hay nada más ridículo y grosero, en el *órden de las creencias,* que la aparicion del comendador Ulloa en el drama popular de don Juan Tenorio?—Pues bien, por más que la convencion religiosa tenga aceptado el hecho éste y otros análogos como posibles, es necesario decir al vulgo que eso es pura y simplemente absurdo en el órden religioso y en el órden científico; en el órden religioso, porque Dios procede en todos sus actos de una manera más levantada y *ménos material* para llamar á sus criaturas al buen camino; y en el órden científico, porque las leyes físicas son invariables y eternas como aquel que *las dictó;* y lo que es impenetrable *ab-initio,* ha sido y seguirá siendo impenetrable *ab-eterno.*

¿Cuánto más racional y científica es la idea de la intervencion de los espíritus en los actos humanos, dada la *definicion universal del alma* y dada la intervencion que el cristianismo da á los *ángeles de nuestra guarda?* Y no quiero meterme en otras honduras, porque no son de este lugar. Pero considero pueriles los te-

mores de usted, y debo concluir con las siguientes ligeras observaciones.

El mundo progresa: las ciencias impulsan este progreso: ante las que hemos considerado hasta aquí como verdades inconcusas, se abren paso las verdades nuevas que difunden la luz y llevan el convencimiento á la universalidad. El sonambulismo se extiende y penetra *en lo desconocido:* el magnetismo, cuyos efectos *se ven y no se explicán,* asoma en el horizonte de la ciencia como un sol que amenaza eclipsar todos los soles que alumbran al entendimiento humano. El espiritismo se apoya en el *sonambulismo* y en el *magnetismo.* ¿Quién sabe si sus corrientes establecen una solucion de inteligencia entre el mundo visible y el mundo invisible? ¿Por qué no ha de llevar usted al teatro la luz del nuevo dia?—Si la cosa es un fuego fátuo ¿qué pierde usted? Si es luz de verdad ¿qué no ganará usted, anticipándose á su tiempo?—Sobre todo, ¿no ensanchará usted los horizontes del arte dramático, así como *Edgardo Póe* ha ensanchado los horizontes de la novela?—«Ánimo pues, y manos á la obra.»—Esto dijo usted.

Y yo, en vista de sus consideraciones, ofrecí á usted leerle una comedia espiritista al terminar *nuestras vacaciones,* y he cumplido mi palabra. Allá va el Wals de Venzano. Ántes que recaiga el fallo del público sobre esa comedia; ántes de que la crítica *me haga quizás pedazos,* permita usted que inserte esta conversacion al frente de la obra, no sólo para que sepa que *se la dedico* en prenda de amistad, sino para que comparta conmigo la responsabilidad de haber excitado las punzantes sátiras de los *espíritus fuertes.*

Es de V. siempre su amigo y compañero,

Antonio Hurtado.

7 de Octubre de 1872.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

El Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, ilustre colector de las obras dramáticas del Maestro Tirso de Molina, dice en su prólogo, á propósito de la correccion de pruebas:

«No hay cuidado que baste á librar de erratas una impresion que pase de dos pliegos. De mí sé decir que, á pesar de no ser de los más negligentes para la correccion de pruebas, no he podido conseguir que salga sin defectos graves ninguna de mis obras: en las copias manuscritas, como en las pruebas, *lee uno lo que pensó*, en vez de leer lo que *hay escrito ó impreso*, etc.»

Estas autorizadas y exactísimas razones, que bastan siempre á justificar una *Fé de erratas*, la hacen siempre necesaria, cuando la mayor parte de las que se señalan, como sucede en la presente obra, afectan á la exactitud de la *idea* más bien que á la correccion material de la *palabra*.

Y como de no hacer una rectificacion indispensable saldrían autorizados los conceptos inexactos con daño de la buena inteligencia, de aquí que al frente de la obra, y no al final, como es costumbre, se estampe la siguiente,

FÉ DE ERRATAS.

Págs.	Líneas.	Dice.	Léase.
9	6	apariencias.	experiencias
17	18	me pagas.	no pagas
17	19	y salvas.	y saldas
19	11	su amor de usted.	¿Amor usted?
21	25	asombrarte.	asómbrate
22	36	escrebí.	escribí
24	30	tan raro.	tan claro.
31	39	Y tu ejemplo.	Y tú un ejemplo
32	20	como muerto.	como un muerto.
33	22	No, si eso.	Ah no, si eso
34	12	un golpre.	un golpe
39	16	Ver dad.	Verdad
46	20	Señores.	Señoras
67	2	El que no lo vé.	Quien no lo ve.

ACTO PRIMERO.

Salon adornado al gusto moderno: puertas á derecha é izquierda y fondo: un velador con papel blanco y lapiceros á un lado. Gregoria, acabando de arreglar el salon; D. Lesmes hablando con la zozobra de quien teme ser sorprendido.

ESCENA PRIMERA.

D. LESMES, GREGORIA.

LESMES. Ya te lo he dicho, Gregoria,
Gregoria, ya te lo he dicho,
mi amor por tí no es capricho,
es una pasion notoria.
Hace ocho meses ó diez
que perdí á mi esposa Elena,
y aunque era buena, muy buena,
me cansa ya la viudez.
Ya ves que no estoy tan mal;
fresco, robusto, sanote,
te puedo ofrecer en dote
un mediano capital.
No soy holgazan ni manco,
tengo en la Mancha diez pares,
en Jaen seis olivares
y algun dinero en el Banco.

Y aunque aborrezco el derroche
y no me gusta el bureo,
con las rentas que poseo
te puedo llevar en coche.
Conque no me hagas el bú
teniéndome en entredicho,
y pues lo dicho está dicho,
ahora respóndeme tú.

GREG. Ó no tiene usted memoria
ó es sordo cual la pared.
¿Cuántas veces quiere usted
que le conteste Gregoria?
Usted tiene una hija bella
que ya de los veinte pasa;
ella es el ama de casa,
yo sólo soy su doncella.
¿Cree usted, así como así,
que ella por tal boda pase?
Cuando la niña se case
vuélvase usted por aquí.

LESMES. Eso parece muy obvio,
pero si bien se escudriña,
para casar á una niña
lo primero es tener novio.

GREG. No siendo pobre ni fea,
¿no habrá atrapado ya un pez?

LESMES. ¡Qué sé yo! más de una vez
me he fijado en esa idea.
Pero ni doy en la pista
ni rastro he podido hallar.

GREG. ¿Y no lo podrá encontrar
siendo usted espiritista?

LESMES. ¡Si *medium* lograra ser!
mas no cabe en mi caletre
que ningun *medium* penetre
el alma de una mujer.

GREG. Pues bien; entónces, señor,
no hablemos de esto sin tasa;
si la niña no se casa
renuncie usted á mi amor.

LESMES. ¿Pues no te he dicho que sí?
¿No te he dicho ya que espero

endosársela al primero
que aparezca por ahí?
¿Por qué siempre así, cruel,
tu enojo á raya me tiene?

GREG. Eh! calle usted, que allí viene
la señorita Isabel.

LESMES. Por vida de Belcebú!

GREG. Me voy ántes que me vea.

LESMES. Espera, tengo una idea;
¿por qué no la exploras tú?
Tal vez ella te dé pie
y sabremos si algun coco...

GREG. Es verdad; dentro de poco
á buscarla volveré.
(Sale puerta lateral derecha.)

ESCENA II.

D. LESMES, solo.

Y si ama á alguno y se casa,
me caso tambien: me aburro
de pasar solo esta vida,
esta vida de viudo.
Tengo unos sueños tan raros!
¡tan fatigosos! tan rudos!
No estoy bien así: dormido
ménos mal; pero san Justo,
¡despertar y verse solo
y tener que estarse mudo!
Y esta chica es muy bonita!
y suele hablar bien y mucho!
y tiene muy buenas carnes!
y una cintura y un busto!
Oh! si Isabel no se casa
voy á pasar más disgustos!
Pero no tendrá ya novio?
No habrán olido el peculio
los caza-dotes? ¡Quién sabe!
Hay en Madrid tanto tuno!

ESCENA III.

D. LESMES, ISABEL.

LESMES. Hola!... tú aquí?
ISABEL. Ya está todo
bien arreglado y con gusto.
LESMES. Sí, ménos tú.
ISABEL. Cómo?
LESMES. Es claro,
¡con ese traje de luto!
¿Te parece que esta noche,
noche en que tenemos mundo,
es decente que te vean
con ese vestido oscuro?
ISABEL. Vaya un mundo! Los de siempre!
Don Luis!... que es lo mas brusco!...—
su hermana Adela, muy buena,
pero que no ve de orgullo:
¡siempre tan ensimismada!
no sé don Juan donde tuvo
los ojos cuando con ella
así la boda dispuso!
LESMES. Pero eso á tí, qué te importa?...
Si él al cabo hace su gusto...
ISABEL. Dice usted bien, yo qué tengo
que ver en tan grave asunto?...
LESMES. Puede que don Juan nos traiga
algun amigote suyo,
á quien puedas... porque vamos,
vestirse bien y con lujo
no está mal á las muchachas.
ISABEL. Me da lo mismo.
LESMES. (Ap.) Qué escucho!
ISABEL. Aún no há un año que mi madre
rindió á la muerte tributo,
y al respeto que la debo
hiciera yo un grave insulto,
si por necias vanidades
faltase yo á lo que es justo.

Y ademas que á nadie amo,
ni yo intereso á ninguno.

LESMES. (Ap.) Estoy fresco! Esta muchacha
tiene el corazon de estuco.
(Alto.) En fin... ahí sale Gregoria, (Sale.)
lo que es por mí no discuto,
ella te dirá, si quiere,
si yo pretendo un absurdo;
voy á ver por allá dentro
si están las cosas en punto.
(Ap.) Por vida de la chiquilla!
(Alto.) Vuelvo pronto. (Ap.) Voy que bufo.

ESCENA IV.

ISABEL, GREGORIA.

GREG. Hay tempestad? (Fingiendo curiosidad.)

ISABEL. (Riendo.) No por cierto.

GREG. Me alegro: he llevado un susto!...
Pero bien, ¿qué es ello?

ISABEL. Nada,
papá, que es siempre oportuno,
pretende que en esta noche
de la frente hasta el coturno
vista de gala.

GREG. ¿Y qué importa?
¿por qué no darle ese gusto?

ISABEL. No hace un año todavía
que mamá bajó al sepulcro.
(Enternecida.) ¿Cómo faltar esta noche
al santo amor que me tuvo?
Si ella me ve desde el cielo,
(y estará en él, no lo dudo)
verá con dulce alegría,
con el gozo de los justos,
que sus recuerdos alientan
en un corazon que es suyo.

GREG. Eso está bien, sí, la Iglesia
manda honrar á los difuntos;
pero como falta poco
para que se llene el cupo

del año... y como esta noche
hay aquí sesion de brujos,
puede que alguno se rinda
de esos ojos al influjo.

ISABEL. Ah no, Gregoria, imposible.
(Ap.) Ese Luis es tan rudo!
(Alto.) Si un dia tuve esperanzas
y soñé en mi bien futuro,
ya mis bellas ilusiones
se han deshecho como el humo.

GREG. Qué es eso? Ha dado á usted chasco
quizás algun pollo insulso?

ISABEL. No es eso.

GREG. No? ¿pues entónces?...
¡á vivir que es ancho el mundo!

ISABEL. No hablemos más, yo me entiendo.

GREG. Pero...

ISABEL. El salon está oscuro,
vé por luces.

GREG. Voy por ellas.
(Ap.) Pues señor, esto está turbio.

ESCENA V.

ISABEL.

¡Amar! En vano hago alarde
de mi afecto noche y dia,
su alma no busca la mia,
y es que es ciego ó es cobarde.
Si en constante parasismo
le busca mi amor ardiente,
y él se muestra indiferente;
amarle ó no, ¿no es lo mismo?
Dónde esos seres están
todo amor y sentimiento,
que leen nuestro pensamiento
por donde quiera que van?
Si pueden á su albedrío
puntos extremos reunir,
¿por qué no quieren unir
su sentimiento y el mio?

Cuando á mi amante ansiedad
no responde la experiencia,
es que lo que llaman ciencia
no es más que una idealidad.
(Se abren los balcones de repente con estrépito, y lanza Isabel una exclamacion de terror.)
Jesús!...

ESCENA VI.

DICHA, D. LESMES, que acude presuroso, y GREGORIA, con nn candelabro encendido.

LESMES. (Á Gregoria.) Por cuarenta cruces
aguarda, aguarda un momento.
¡Vaya un demonio de viento,
(Cierra los balcones.)
por poco apaga las luces!
(Á Gregoria.)
Entra. (Á su hija.) Qué, ¿aún estás así?
No te vistes?
ISABEL. (Procurando reponerse.) No me visto.
LESMES. Bien, como gustes, no insisto:
ya ves tú, lo que es por mí...
Yo por tu bien lo decia,
mas si te parece mal,
adelante, cada cual,
cada cual con su manía.
No dejes aquello tú. (Á Gregoria.)
GREG. No señor.
LESMES. De rato en rato
entra á ver; cuida que un gato
no atropelle el ambigú. (Váse Gregoria.)

ESCENA VII.

D. LESMES, ISABEL.

LESMES. (Abre los balcones.) Ahora dejemos abiertos
los huecos de par en par:
con eso pueden entrar

más facilmente los muertos.

ISABEL. (Preocupada.) Ah! papá, no hables así.

LESMES. Eh? ¿por qué no?

ISABEL. Es increible!
los muertos! ¿cómo es posible
que vengan á hablar aquí?
Si del cuerpo desprendida
el alma, esencia vital,
va á unirse al ser inmortal
que es vida de toda vida;
¿cómo es posible, señor,
que esa esencia eterna y pura,
por hablar con la criatura
abandone á su Criador?

LESMES. Yo no sé explicar del todo
la duda que te se ofrece,
pero las cosas parece
que ocurren ya de otro modo.

ISABEL. Cómo? (Con curiosidad.)

LESMES. Sí; segun don Juan,
que es profesor de la ciencia,
dice que la pura esencia
que allá en el cielo nos dan,
vive en la etérea region
en un misterio profundo,
hasta que viene á este mundo
por encargo ó expiacion.
Y una vez que cumple acá
su mision ó su condena,
vuelve á la region serena
ó á otro mundo más allá.
De modo que siendo así
un ser libre, independiente,
ser que piensa, juzga y siente
como sentimos aquí;
¿qué mucho que aire ó vapor,
fluido que una vida encierra,
anhele ver en la tierra
lo que aquí le inspiró amor?

ISABEL. ¡Ah, si eso fuera verdad!

LESMES. ¡Qué sé yo! todo es posible.
Siendo el alma un ser sensible

dotado de libertad,
digo á veces para mí:
¿qué mucho que el alma ansiosa
busque al hijo ó á la esposa
que al partir se dejó aquí?
Tales apariencias toco
que parecen brujería;
porque vamos, la teoría
es para volverse loco.

ISABEL. Pero evoca usted tambien
los espíritus?

LESMES. ¿Pues no?
Como don Juan me alentó
á estudiar este belen,
y como hallar pruebas quiero
con fe y ánimo sencillo,
siempre llevo en el bolsillo
un papel y un lapicero.
Mas aunque al rito me ajusto,
á tu mamá evoco en vano:
una vez tembló mi mano
y arrojé el lapiz del susto.

ISABEL. Sintió usted...

LESMES. Sí, fuí un bolo,
una gallina, un bamboche:
¿mas qué hacer? era de noche
y ademas estaba solo.
Y al sentir aquel meneo
inusitado en el pulso,
arrojé el lápiz convulso
y dije: «Lesmes, te veo.
»¿Cómo vas á responder
»si envuelta en la eterna bruma,
»ahora á preguntas te abruma
»el alma de tu mujer?»

ISABEL. Mi mamá! (Enternecida.)

LESMES. Perdí la calma.

ISABEL. (Reconviniéndole.)
Tuvo usted miedo?

LESMES. ¿Pues no?

ISABEL. ¡De ella!... Ay Dios! qué diera yo
por conversar con su alma?

(Suena un golpe estrepitoso que estremece á los dos.)

LESMES. (Asustado.) Eh?
ISABEL. (Acercándose á él.) ¿Qué es eso?
LESMES. ¿No has oido?
ISABEL. Sí señor.
LESMES. Un golpe han dado.
ISABEL. Algun mueble que ha estallado.
LESMES. Ó un espíritu querido.
ISABEL. Si fuera el suyo ¡ay de mí!
LESMES. El golpe ha sido muy fuerte.
No hay más, eso nos advierte
que hay un espíritu aquí.
ISABEL. De veras? (Con miedo.)
LESMES. No hay que dudar;
y ahora, que tú estás conmigo,
voy á probar si consigo
saber qué viene á buscar.
(Al dirigirse al velador suena fuera la voz de Don Luis. Entra D. Luis sostenido por criados.)

ESCENA VIII.

DICHOS, D. LUIS. D. Lesmes é Isabel salen á su encuentro

LUIS. (Dentro.) Basta, dejadme, camuesos.
CRIADO. ¿Quiere usted agua?
LUIS. (Ya en escena.) Tampoco.
(Se van los criados.)
ISABEL. Eh? (Salen á su encuentro.)
LESMES. Qué ocurre?
LUIS. (Cojeando.) ¡Que por poco
no me he saltado los sesos!...
LESMES. Cáspita!... una silla... á ver,
(Corriendo á todos lados. Á Isabel.)
árnica, rux, camomila.
LUIS. Eh!... no. (Deteniéndola.)
ISABEL. (Con interés.) ¿Una taza de tila?
LUIS. Nada, no quiero beber.
Aunque el susto ha sido fuerte,
en descansando un momento...
(Se sienta y se levanta en seguida.)

Voto al diablo! —Lo que siento
es que he causado una muerte.

LESMES. ¿Cómo pues? ¿qué ha sucedido?

ISABEL. Oh! qué ha pasado?

LUIS. Con calma.
Es que no me he roto el alma
porque el diablo no ha querido.

ISABEL. Jesús!...

LUIS. Ni ménos ni más.
¡Vaya una yegua más dura!
y luégo de sangre pura
y un genio de Barrabás!...
No acostumbrada á la silla
ni al acicate tampoco...
ella tan terca... y yo loco...
¡Si el contarlo es maravilla!...

LESMES. (Impaciente.) Pero en fin...

LUIS. Pues á eso voy.
Anoche con vivo afan
propuse aquí mismo á Juan
montar en su yegua hoy.

CESMES. Cómo!... ¿En Miss Fanny?

LUIS. Cabales.

ISRBEL. (Con pena.) ¿Y esa es la que ha muerto?

LUIS. Esa.

LESMES. Canario! Una yegua inglesa
que costó treinta mil reales!

ISABEL. Va á tener un sentimiento
don Juan.

LUIS. Cierto, y con razon;
como que á mi peticion
negó su consentimiento.
Pero ya se ve, se vino
con su espíritu-manía
á decirme que sabía
que iba á hacer un desatino;
que un ser sobrenatural
que le hablaba en tal momento,
le decia que mi intento
era arriesgado y fatal;
y yo, que no puedo oir
tales dislates en calma...

LESMES. Se ha expuesto á romperse el alma!...
LUIS. Justo, me he expuesto á morir!...
LESMES. Por vida de!... demos tregua
á ese relato cruel.—
Anda, por Dios, Isabel,
dí que acudan á esa yegua.
ISABLL. Pobrecita Fanny! tan...
LUIS. No vaya usted, ¡si está muerta!...
LESMES. Que la quiten de la puerta
ántes que venga don Juan! (Sale Isabel.)

ESCENA IX.

D. LESMES, D. LUIS, arrojándose en una butaca.

LESMES. Qué demonio de suceso!...
LUIS. ¿Quién habia de prever?...
LESMES. Claro!... Mas vamos á ver,
¿qué me dice usted á eso?
LUIS. ¿Qué es eso?
LESMES. Las profecías
de don Juan.
LUIS. Á buena hora! (Levantándose.
¿Á quién se le ocurre ahora
hablarme de tonterías?
DESMES. Sí, será una necedad;
¡mas ya ve usted si ha acertado!
LUIS. ¡Qué diablos! lo que ha pasado
ha sido casualidad.
La yegua iba bien, muy suelta,
hecha una gala, un hechizo,
mas ya se ve, el diablo hizo
que al dar á casa la vuelta,
un chico travieso y malo,
á quien el cielo maldiga,
dió en sonar una vejiga
que llevaba atada á un palo.
Y en cuanto Fanny sintió
los golpes de aquel zoquete,
rápida como un rehilete
dió un respingo y escapó.
Vanamente pretendí

regirla, blanda de boca,
disparóse como loca
hasta que cayó y caí.
Si se estrelló en el zaguan
y yo quedé como un cesto,
¿qué tienen que ver con esto
los espíritus ni Juan?

LESMES. Como por varios caminos
va el hombre á dar en la red...

LUIS. (Impciente.) Vaya, bien; no empiece usted
á decirme desatinos.

LESMES. Desatinos!... En conciencia
debiera usted confesar...
¡porque en fin, eso es cerrar
los ojos á la evidencia!

LUIS. Eh!... no diga usted dislates!

LESMES. ¡Usted se aferra en no ver!

LUIS. Hombre! ¿cómo he de creer
en tan nuevos disparates?
No hay más que creer así?...
¿No hay más que tener por cierto
que el espíritu de un muerto
se venga á ocupar de mí?...
¿Qué puede importarle ó no
que á escape, casi una legua,
ó se desnuque la yegua
ó que me desnuque yo?
Para adquirir ciega fe
y rendirme á tal creencia,
necesito la evidencia
del señor santo Tomé.
Vamos, mañana es buen dia;
que venga un muerto á decir
qué número va á salir
premiado en la lotería,
y si el número está en venta
y me lo dan y se gana...

UN MUCHACHO. (Por la calle.)
Mañana sale, mañana,
el mil trescientos cincuenta.
(Momento de silencio.)

LESMES. (Sorprendido.)

Canario!... ¿Oye usted?

LUIS. (Sonriendo con incredulidad.) Concibo
la sorpresa, sí por cierto:
¿Es que nos advierte un muerto
por la lengua de ese vivo?
¿Cree usted acaso en verdad
que eso una advertencia indica?

LESMES. (Dudoso.) ¿Quién sabe?

LUIS. (Con sorna.) Ya.

LESMES. (Vivamente.) Eso se explíca
por la mediumnimidad.

LUIS. Sí? Pues bien; millon y pico
el premio grande promete,
conque compre ese billete
y mañana será rico.

LESMES. Quizá tenga usted razon,
la fe es ciega y la fe salva.

LUIS. Y á la ocasion pintan calva,
conque á pillar la ocasion.

LESMES. Claro, y tonto es quien no intenta
ganar lo que poco vale. (Sale.)

EL MUCHACHO. (Más lejos.)
Mañana, mañana sale
el mil trescientos cincuenta.

ESCENA X.

D. LUIS solo.

Pues señor, en esta casa
no hay dos cuartos de juicio:
en Leganés hay personas
con mucho ménos motivo.
«¡Que las almas de los muertos
vienen á hablar con los vivos!...»
Canario!... Pues si eso fuera,
ya me hubiera acometido
la sombra de aquel tunante,
de aquel usurero impío
que se murió sin cobrarme
los diez mil duros y pico!
(Sonriendo.)

Voto á brios!... ¡qué gesto puso
cuando le rompí el recibo!
¡Si pienso que de aquel susto
la muerte le sobrevino!
Pues claro!... No, y desde entónces
lo que es yo duermo tranquilo:
sí señor, quien debe y paga
hace siempre un desatino.

ESCENA XI.

DICHOS, ISABEL y detrás ENRIQUE.

ISABEL. (Sofocada.)
Jesús que posma de hombre!...
ENR. (Entrando.)
Válgame Dios qué mujer!...
ISABEL. Perdone usted, caballero;
¿se puede saber á quién
busca usted en esta casa?
ENR. Oh Luis!... ya lo ve usted, (Á Isabel.)
busco á este amigo.
LUIS. (Sorprendido.) ¡Qué veo!
Enrique, ¿tú aquí?
ENR. Ya ves.
Te ví pasar por el Prado
corriendo á todo correr,
y al verte en peligro, dije,
«pues señor me voy tras él.»
He presenciado de lejos
el lance, te ví caer;
difícilmente he podido
penetrar por el tropel
de las gentes que hay abajo
queriendo el caso saber.
Se hallaba esta señorita
de la puerta en el dintel
hablando con dos muchachos,
lacayos por el jaez,
y al preguntar por tu vida
no me acertó á responder.
Subió turbada y de prisa,

yo trás ella al punto eché,
entró aquí y entré trás ella,
te encuentro vivo, y amen.

ISABEL. Perdone usted, yo ignoraba...

LUIS. (Friamente.) Gracias por tanto interés.

ENR. Qué es eso? Usted se retira?

ISABEL. Sí señor, tengo que hacer.

ENR. Ah! bien, vaya usted tranquila,
que yo me quedo aquí.

LUIS. (Ap.) Pues!...
se ha propuesto hacer conmigo
el inglés de Very Well!

ISABEL. (Retirando.)
Beso á usted la mano. (Ap.) ¡Qué hombre!

ENR. (Saludanndo.) Señora!... (Ap.) ¡Qué linda es!

ESCENA XII.

LUIS, ENRIQUE. Un momento de pausa.

LUIS. Enrique, ¿qué me revela
tu persecucion? Qué es esto?
¿Es que acaso te has propuesto
matar la opinion de Adela?
Es que abrigas la intencion,
yendo tras ella constante,
de que te dé por su amante
la general opinion?
Por ella, por tí, por mí,
por nuestro mútuo sosiego,
te exijo, Enrique, te ruego,
que al punto salgas de aquí.

ENR. No vengo á crearte apuros,
ni pretendo fatigarte.

LUIS. Pues bien, ¿qué quieres?

ENR. (Con gran calma.) Pagarte:
No te debo diez mil duros?
Siendo yo deudor leal,
siendo esta deuda una dote,
¿no es bien que mi ingenio agote
por pagarte? ¡Es natural!
Y sin embargo, ya ves

que esto es raro; yo te debo
y te sigo, ¿esto no es nuevo?
¿no es este el mundo al revés?
¿Por qué me juzgas así?
por qué ofendes mi deseo?
En casa jamás te veo,
en paseo huyes de mí.
Por qué es esto? Soy el bú?
Si parece á lo mejor,
que yo soy el acreedor
y que el deudor eres tú!...

LUIS. Pues bien, basta de novela,
paga y retírate al punto.

ENR. Bien; mas vamos al asunto:
¿me das la mano de Adela?
Con esta proposicion
los dos salimos á flote.

LUIS. (Sonriendo.) Claro!... me pagas la dote...

ENR. Y salvas tu obligacion.

LUIS. (Conteniendo su ira.)
Proposicion admirable!...

ENR. No te parece?

LUIS. (Con calma aparente.) ¡Donosa!

ENR. Si del caudal de la esposa
el marido es responsable,
en llegándonos á unir
no tendrás cuentas que dar.

LUIS. Justo, ni tú que pagar, (Vívamente.)
ni Adela que recibir.
Y aunque sea su tutor
y tenga que protegerla,
debo ahora mismo venderla
á un infame estafador.
¿No es esto?

ENR. (Sorprendido.) Luís!...

LUIS. Con calma,
que á ofrecerme otro que tú
trato tal, por Belcebú,
le hubiera arrancado el alma.

ENR. Mucho siento, á la verdad,
que esto tome tan á pecho,
hombre que no há mucho ha hecho

algo de más entidad.

LUIS. Explícate, por Dios vivo.

ENR. Tan frágil es tu memoria
que has olvidado la historia
de aquel famoso recibo?

LUIS. (Desconcertado.)
Cómo!... tú sabes?...

ENR. (Sonriendo.) ¿Pues no?
¡Y aquello sí que fué grave!

LUIS. (Ap.) (¿Cómo demonios lo sabe
si no se lo he dicho yo?)

ENR. Conque volvamos al cuento.

LUIS. (Reprimiéndose.)
Yo te buscaré despues.
Álguien llega.

ENR. (Mirando afuera.) ¡Adela es!
Bravo!... la hablaré un momento.

ESCENA XIII.

DICHOS, ADELA, ISABEL.

ISABEL. (Á Adela.) Pudo ser mucho y no es nada;
ya sabe usted lo ocurrido.

ADELA. Luis!... (Con cariñosa solicitud.)

LUIS. Adela!...

ADELA. Conque es cierto?
Conque has estado en peligro?
Estás pálido!... ¿qué sientes?
Estás convulso!... Ah!... qué miro!...
Usted aquí? (Á Enrique, con suma frialdad.)

ENR. (Inclinándose.) Desde lejos
le ví correr tan sin tino,
que predije en el instante
todo lo que ha sucedido.
Digo á usted que es un milagro
haberle encontrado vivo.

ADELA. Jesús, qué horror!

ISABEL. Un desastre!
¡Cómo don Juan va á sentirlo!

ADELA. (Ap. á Luis.) Á qué ha venido ese hombre?

LUIS. (Ap.) Infame!... por lo que ha dicho

quiere solventar su cuenta
pidiendo tu mano.

ADELA. (Ap. á Luis.) Indigno!...
Entreten á esa muchacha
un poco. (Se adelanta á Enrique.) Gracias,
Mil gracias por sus cuidados. [amigo.

LUIS. (Á Isabel.) Y de la yegua, ¿qué ha sido?

ISABEL. En un carro de mudanza
la llevan no sé á qué sitio.
(Siguen hablando bajo.)

ENR. (Á Adela.) Es curioso! Usted se extraña?
¿se extraña porque la sigo?—
¿No sabe usted que la adoro?

ADELA. Su amor de usted? Entendido.
Un amor leve y de paso,
¡un fuego fátuo!

ENR. ¡Un delirio!

ADELA. Hoy que sabe que mi mano
doy á un hombre honrado y rico...

ENR. Y espiritista. (Interrumpiéndola en son de mofa.)

ADELA. Y qué importa?
es serlo acaso un delito?
Hoy que Luis le reclama
lo que le prestó y es mio,
se enciende en usted un fuego
fiero y voraz por lo visto!
¡Qué pasion más oportuna!
¡Qué tacto más exquisito!
Acabemos: Juan Mendoza
va pronto á ser mi marido,
y usted no querrá que él dude
de mi lealtad y cariño.
Usted retiene mi dote,
pague usted, pues es preciso,
y para saldar sus cuentas
busque usted otros registros.

ENR. Es decir que mi propuesta
no se acepta?

ADEL. No la admito.

ENR. Es que usted quiere la guerra?

ADELA. Ni la busco ni la esquivo.

ENR. Corriente, tanto por tanto

veremos quién es vencido.

ADELA. Y se queda usted!

ENR. (Con mucho aplomo.) Me quedo.
¡Si Juan es amigo mio!

ESCENA XIV.

DICHOS, D. LESMES, fatigado.

LESMES. ¡Qué demonio de muchacho!
¿Por dónde se habrá metido?
(Á Luis.) Pues señor, perdí el billete.

LUIS. (Volviéndole bruscamente la espalda.)
Y á mí, ¿qué? me da lo mismo.

LESMES. (Ap.) Vaya si es fino este hombre.

ENR. (Á Isabel.) Calle! ¿quién es este bicho?

ISABEL. (Con gravedad.)
Es mi papá.

ENR. (Un poco contrariado.) Ya! (Ap.) Un hortera!
(Se desvia de ella)

LESMES. (Ap., viendo á Enrique.)
Quién será éste? (Alto.) Pues digo
que siento no haber tomado
el billete de ese chico.
«¡El mil trescientos cincuenta!»
¡se me ha quedado tan fijo!...
(Á Isabel.) Y por tí lo siento, niña,
pues aunque llevas en limpio
un millon en dote...

LUIS. (Ap., volviéndose maquinalmente.) Eh?

ENR. (Haciendo lo mismo.) Cómo?

LESMES. Á haber sacado un pellizco
al billete, hubiera puesto
sobre esa dote, otro pico.

ISABEL. Oh!... Papá!... (Abrazándole con cariño.)

LUIS. (Ap.) Conque es un Creso?

ENR. (Ap.) ¡Conque es tan rico este tio!

ESCENA XV.

DICHOS, GREGORIA.

GREG. El señor viene.

LESMES. Ah! silencio!

que no sepa lo ocurrido.

LUIS. Yo haré por sustituirle
la yegua mañana mismo.

ISABEL. Sí, ¿á qué darle ese disgusto?

LUIS. (Ap.) ¡Y es que Isabel es buen tipo!

ENR. (Ap. á Isabel.) Conque el señor es su padre?
(Á D. Lesmes.)
Téngame usted por su amigo! (Se saludan.)

ESCENA XVI.

DICHOS, D. JUAN.

JUAN. Oh, señores! Cuánto honor!...
Adela! (Dándole la mano.) Luis!
(Deteniéndose.) Qué pasa?
(Viendo la ansiedad de todos.)
Hola, Enrique! Tú en mi casa?
(Viendo á Enrique, alegremente.)
¿Á qué debo este favor?

ENR. (Mirando á Adela y Luis.)
Á... no sé aquí qué te arguya.

JUAN. (Interrumpiendo.) Cómo? disculpas tambien?
Oh, calla; tú vienes bien
siempre á una casa que es tuya.

ENR. Tú eres la misma bondad.

JUAN. ¿Quieres callarte? Me afrentas:
sólo el amor pide cuentas,
¿quién las pide á la amistad?
Si ocupado ó distraido
mi cariño has descuidado,
¿qué importa? Estás disculpado,
y hoy te estoy agradecido.

ENR. ¿Eso mas?

JUAN. Mucho que sí,
por qué asombrarte, á fe mia,
ántes de llegar sabia
que te iba á encontrar aquí.

ENR. Cómo?

JUAN. Demos ahora tregua
á este asunto. ¿Luis! ¿Que es esto?
¿Tienes tan lúgubre el gesto

porque has matado la yegua?

ADELA. Eh? (Sorprendida.)

LUIS. (Turbado.) Sabes ya?

LESMES. (Con asombro.) ¡Es singular!

LUIS. ¿Quién te ha dicho?...

JUAN. (Riendo.) Está á la vista:
¿Pues siendo yo espiritista
pudiera el caso ignorar?

ENR. (Ap.) ¿Se querrá burlar de mí?

LUIS. (Con calor.) Imposible!

LESMES. (Impaciente.) ¡Descreido!

JUAN. Yo os diré cómo he sabido
lo que ha sucedido aquí.
Viendo el fatal pesimismo
que os impulsa á no creer,
os he invitado hoy á ver
lo que es el sonambulismo.
Y no queriendo en razon
que esta oferta en dudas quede,
fuíme á buscar al que puede
despertar vuestra atencion.
No es un banquero, es un hombre
modesto, humilde en su traje,
de honrado y pobre linaje
y hasta prosáico de nombre.
No cursó ciencias jamás,
mas dormido es tal su ciencia,
que habla con más elocuencia
que el mismo Santo Tomás.
Fuí á buscarle, no le hallé,
dí cuatro vueltas en coche,
volví cerca de la noche,
y no estando, le esperé.
Corrió un espacio sin tasa,
cogí un lápiz al acaso,
y de impaciencia no escaso,
escribí:—«Qué hay en mi casa?»
Y al momento, sin poder
poner á mi mano un dique,
escribí lo que tú, Enrique,
puedes si gustas leer. (Le da un papel.)

ENR. Á ver, á ver, sí por cierto:

(Lee.) «En tu casa hay gran disgusto;
»Luis ha llevado un buen susto
»y tu yegua Fanny ha muerto.
(Movimiento de asombro en todos.)
»Tu amigo Enrique está allí,
»Adela acude exprofeso,
»é Isabel siente el suceso
»por lo que te afecte á tí.»

JUAN. Ya ves!...

ENR. (Con recelo.) Sí, bien claro está!

JUAN. ¿Puede haber prueba más plena?
Y hay firma.

LESMES. (Con curiosidad viva.) ¿Quién firma?

ENR. (Leyendo.) «Elena.»

LESMES. (Asombrado.)
Oh! ¿mi mujer?

ISABEL. (Con espanto.) ¿Mi mamá?

JUAN. (Á Isabel.) Tal vez!

LUIS. (Vivamente.) Oh!... no hables así.
¿No ves que eso es estar loco?

LESMES. No, su espíritu hace poco
que ha pasado por aquí.

LUIS. (Con rabia.) Qué dice usted?

LESMES. (Con calor.) Lo que digo.
(Á Isabel.) Te acuerdas del golpe aquel?
pregunte usted á Isabel,
que estaba tambien conmigo.

LUIS. Hable usted. (Á Isabel.)

ISABEL. (Preocupada.) Qué he de decir?
Yo no sé nada.

LUIS. ¡Pamema!

JUAN. (Interrumpiendo.)
Ántes de apurar el tema
¿me permiten concluir?

LESMES. Sí señor; hable sin tasa.

ENR. Sigue, estamos escuchando.

JUAN. Pues como estuve aguardando
más de hora y media en su casa,
por matar el tédio aquel
pregunté en son de despique:
«¿Qué busca en mi casa Enrique?»

ENR. (Alarmado.) Y qué respondió el papel?

ADELA. Qué dijo? (Con asombro.)
JUAN. (Á Enrique.) Lee y no te asombre.
Dí si es cierto.
ENR. (Leyendo para sí y reteniendo el papel.)
Sí por Dios.
JUAN. (Á Adela.) Esta prueba es de los dos;
el papel revela un nombre.
ADELA. (Con sencillez.) Y no se puede saber
el asunto?
JUAN. Si es muy obvio.
Es que Enrique en son de novio
busca en casa á una mujer.
ADELA. (Vivamente y en son de recelo.)
Y el nombre el papel revela?
LESMES. Y dice el nombre el papel?
JUAN. Claro está!...
ADELA. (Riendo.) ¡Dice Isabel?
Ó dice quizás Adela?
JUAN. (Riendo.) Mucho apurar es!
LUIS. Te advierto
que esta farsa me exaspera.
JUAN. (Con cierta vaguedad solemne.)
Espera un momento, espera,
que en la farsa hay algo cierto.
Que el alma, ser inmortal,
libre los espacios hiende
cuando alegre se desprende
de su cárcel material;
que una vez en el vacío
por el sumo bien trabaja,
y va, viene, sube y baja
á impulsos de su albedrío;
que impalpable como es
en derredor nuestro gira,
y amorosa nos inspira
lo que está en nuestro interés;
esto, Enrique, es para mí
tan raro, por vida mia,
que á dudar no te diría
que ahora viene un hombre aquí.
LESMES. El sonámbulo?
JUAN. (Con la vaguedad de la doble vista.) Callad:

volvió á su casa hace un rato,
y cual si fuera á un mandato
se rinde á mi voluntad.
Su alma, hermana de la mia,
por complacerme se afana:
la pobre razon humana
no explica esta simpatía.
¡Que ciego el mundo reproche
lo que por absurdo tiene!
—¡absurdo!—¿Qué importa?—Él viene,
—escuchad; no oís un coche?
—sube—su fluido está ya
en contacto con el mio:—
(Luis se rie.)
¿ries, Luis?... Yo no rio.—
Llega al salon,—ahí está.—

ESCENA XVII.

DICHOS, el SONÁMBULO, que se detiene con timidez en la puerta del fondo: movimiento de curiosidad.

LUIS. Eh?
ENR. (Ap.) Declaro que no puedo
explicarme...
LUIS. (Ap.) Esto me irrita.
GREG. (Á Isabel.) Válgame Dios, señorita,
estas cosas me dan miedo.
SONAMB. ¿Se puede entrar?
JUAN. Adelante.
LESMES. (Á D. Juan.) Pues es un hombre cualquiera.
JUAN. (Riendo.) ¡Qué! ¿pensaba usted que fuera
algun dragon ó gigante?
SONAMB. Sé que me ha estado á esperar,
y estar ausente he sentido,
mas su tarjeta he leido
y no he querido faltar.
JUAN. Mil gracias por el favor:
permítame usted, Adela,
que á un apóstol de mi escuela

le presente en el señor.

ADELA. Apóstol espiritista?
(Sonriendo con cierto desden.)

JUAN. Medium vidente.

ADELA. Ya sé:
¿conque usted tambien posee
el don de segunda vista?

SONAMB. Por gracia especial confieso
que tengo ese don, señora.

ENR. De veras? y puede ahora
darnos una prueba de eso?

SONAMB. Sí; ¿por qué no?

LESMES. (Ap.) ¡Esto promete!

ENR. Pues bien, un caso sencillo:
¿qué guardo yo en el bolsillo
que está á este lado? (Señala el corazon.)

SONAMB. (Mirando fijamente.) Un billete.

ENR. Es verdad. (Sorprendido.)

GREG. (A Isabel.) ¡Esto amedrenta!

LESMES. Un billete? (Con suma curiosidad.)

SONAMB. Sí, á fe mia,
billete de lotería;
el mil trescientos cincuenta.

LESMES. Cáspita! (Vivamente sorprendido.)

ENR. (Sorprendido.) El mismo; hélo aquí.

LESMES. El que el chico pregonó. (Con calor.)

ENR. Un chico me lo ofreció
y al paso se lo adquirí.

LESMES. Voto al demonio del chico!—
Si no dió tiempo siquiera...

LUIS. (Ap., mirando á Enrique.)
Comprarlo él!—¡Bueno fuera
que fuera mañana rico!...

JUAN. Puesto que el tiempo no apura,
demos á las pruebas plazo.
(Al Sonámbulo.) Vamos, cedo á usted el brazo
de mi adorada futura.

SONAMB. Oh!... tanto honor...
(Se lo ofrece y Adela lo toma.)

ISRBEL. (Ap., viendo que Luis la mira.) Es cruel!...
¡Que nunca Luis se indique!...

JUAN. Te ruego, querido Enrique,

que des el brazo á Isabel!

ISABEL. (Ap., con disgusto.) Jesús!

LESMES. (Ap. á D. Juan.) ¿Á un desconocido?

JUAN. (Ap. á D. Lesmes.)
Deje usted correr su estrella.
Enrique viene por ella
y quiere ser su marido.

LESMES. (Sorprendido.) ¿De veras?

JUAN. (Á Luis.) Hombre sin fe,
ven tú acá. (Lo toma del brazo.)

LUIS. (Con recelo.) ¿Dónde nos llevas?

JUAN. Ántes de empezar las pruebas
voy á llevarte al buffé.

LUIS. Qué!... me quieres marear
dándome á beber Champaña?
ve que á mí no se me engaña,
y que no lo has de lograr.

JUAN. Corriente, vamos á ver
si hoy de loco me motejas,
que ó yo pierdo las orejas
ó logro hacerte creer.

LUIS. Pues en marcha, al ambigú.

JUAN. En marcha al otro salon.

GREG. (Viéndolos salir.) Vamos, estas cosas son
inventos de Belcebú.

ESCENA XVII.

D. LESMES, GREGORIA.

LESMES. (Ap. con gozo.)
Que viene por ella! Oh, gloria!...

GREG. Qué es ello? (Yéndose á él con curiosidad.)

LESMES. (Con mucha alegría.) Prendió la viña,
ya tiene novio la niña,
no te digo más, Gregoría.

GREG. Calle usted, que me enagena
solamente el presumir
que ahora nos pudiera oir
el alma de doña Elena.

LESMES. Eh! ¿quién piensa en ella ahora?

Dame un abrazo.

GREG. (Con miedo.) No á fe:
digo!... abrazo!... ¿Y si nos ve
el alma de la señora?

LESMES. Bah!... no temas dar de bruces
con ella: solos los dos....
(Al ir á abrazarla se apagan las luces.)
¡Canastos!...

GREG. (Helada de espanto.) ¡Válgame Dios!

LESMES. Quién ha apagado las luces?

GREG. El diablo! huyamos de aquí. (Busca la salida.

LESMES. (Trémulo.) Esto de espanto me llena.
¿Si será el alma de Elena
que ande celosa trás mí?
(Salen precipitadamente los dos y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon elegante en casa de Adela: puertas laterales que dan á varias habitaciones: balcones á la calle: un piano junto á los balcones.

ESCENA PRIMERA.

ADELA, LUIS, un LACAYO.

ADELA. (Dando una carta al Lacayo.)
Ya sabes, calle del Prado,
¿entiendes? piso tercero:
dí que impaciente le espero,
llévate un coche alquilado.

LUIS. (Dándole otra.) Y ahora me escuchas á mí:
ahí te dice el sobrescrito
dónde vive el señorito
don Enrique: vas allí,
le entregas este papel,
y que conteste al momento
si él me aguarda en su aposento
ó si yo le aguardo á él.
Conque listo y vuelve al punto,
quince minutos te doy.
¡Largo! (Se va el Lacayo.) Es preciso que hoy
quede zanjado este asunto.

ESCENA II.

ADELA, LUIS.

ADELA. Escribes á Enrique?
LUIS. Sí.
¿Y tú?
ADELA. Por más que te asombre,
lo diré: escribo á ese hombre
que anoche vimos allí.
LUIS. Dónde?—En casa de Mendoza?
ADELA. Justo.
LUIS. (Riendo.) ¡Acabáras de hablar!...
Pues señor, eso es estar
camino de Zaragoza.
¿Tanta tu impresion ha sido?
ADELA. Oh!... mucha!
LEIS. Explícate, pues!
ADELA. Lo que sé decirte es
que esta noche no he dormido.
LUIS. Pero por qué?
ADELA. ¡Qué sé yo!
me fascinó lo que ví.
LUIS. ¿Y crees?... (En son de mofa.)
ADELA. No digo que sí,
mas no te digo que no.
En vano llamo en mi ayuda
á la razon: en presencia
de cuanto ví, mi conciencia
me dice en silencio, «*duda.*»
Y la duda á mi entender
en cuestion tan singular,
puede muy fácil negar,
puede muy fácil creer.
Yo quiero una solucion
que mate esta duda ansiosa.
LUIS. Pues señor, no he visto cosa
más débil que la razon.
Tiene nombre de mujer
y fácilmente se va:
¡qué demonio!—¿qué más da

negar, dudar ó creer?
Yo me hago este silogismo:
¿No pintan ciega á la fe?
Pues el que duda, qué ve?—
¿Qué ve el que niega? lo mismo.
Pues deduzco en conclusion
cuando á este punto se llega,
que saca el que afirma ó niega
lo que el negro en el sermon.

ADELA. Sin embargo, la experiencia
nos demuestra cada dia
que llama el mundo manía
á lo que suele ser ciencia.
Y hacen la demostracion
de esta verdad, segun creo,
de una parte Galileo
y de otra parte Colon.
El mundo inmóvil creia
al globo; en mortal delirio
puso al sabio en el martirio,
y ¡ay! el globo se movia.
Locura, aviso, intuicion,
presentimiento profundo,
¿qué dió vida al Nuevo Mundo,
que vió en sus sueños Colon?
¿Comprendió el vulgo tampoco
aquella verdad precisa?
No, con menguada sonrisa
apellidó al genio loco.
Mas á pesar del reproche
con que el vulgo contestó,
su mundo al cabo brotó
de las sombras de la noche.
¿Quién puede en su ceguedad,
lleno de soberbia ó ira,
decir: «Tal cosa es mentira,
tal otra cosa es verdad?
Los que así juzgan, preveo,
y tú ejemplo me ofreces,
que son como aquellos jueces
de Colon y Galileo.

LUS. Mil gracias por el favor,

mas no me causas molestia,
aunque eso es llamarme bestia
de la manera mejor.
Mas yo soy así, ¿qué quieres?
no lo puedo remediar;
me debo yo impresionar
lo mismo que las mujeres?
—¡Que Juan me advirtió!—Verdad.—
Que la yegua se mató...—
Bien, ¿por qué? ¿no lo ví yo?
No fué por casualidad?—
Que luégo llega y que acierta!...
—¿Qué acertó?—¡Me hizo reir!—
¿No se lo pudo decir
álguien, si estaba á la puerta?
—Que luégo sacó un papel
donde la prueba rezaba.—
—Vaya un chiste!—Y quién estaba
al escribirlo con él?—
—Qué callado y como muerto
llegó el otro?—¡Sí, por Dios!
—Mas no pudieron los dos
fraguar ántes tal concierto?
Que luégo en silencio y calma
se pusieron á escribir,
y que dieron en decir
que la que hablaba era un alma.
¡Que no sé á qué evocacion
vino un muerto á responder!—
Vamos—¿qué tienen que ver
estas cosas con Colon?—
¿Se pueden tomar en serio
asuntos tan así, tan...
cosas que siempre estarán
envueltas en el misterio?

ADELA. En misterio bien profundo
vivió hasta há poco el vapor,
y hoy es el alma, el señor,
el gran agente del mundo.
Tambien la electricidad
hoy casi borra la ausencia,
y no há mucho qne la ciencia

ignoraba esta verdad.
¿Qué el siglo anterior diria
ante tales testimonios?—
«¡Inventos de los demonios!
cosas de la brujería!»
Que esta razon singular
se daba por muy conforme,
cuando era un delito enorme
el delito de pensar.
Hoy pensar, es ejercer
una facultad suprema!
¿Quién será el que por sistema
diga ya:—«no puede ser?»—
¿Quién es el sabio profundo
que en serio decir podrá:
—«yo sé, yo conozco ya
todas las leyes del mundo?—
Pues si esto á mi parecer,
no es fácil que nadie diga,
¿por qué extrañas que persiga
lo que no acierto á entender?

LUIS. No; si eso te divierte
sigue hasta hallar solucion:
pero, ¿quién dará razon
del más allá de la muerte?
Yo sé que me he de morir
á la larga ó á la corta!...
Lo demas... poco me importa,
no me ocupa el porvenir.
Conque hablemos en razon
de otra cosa.

ADELA. Bien, ¿de qué?

LUIS. ¿Sabes lo que yo saqué
anoche de la sesion?

ADELA. Qué?

LUIS. Que don Lesmes es rico
y que Isabel es muy bella.
Ya ves! ¡Quien cargue con ella
se lleva millon y pico!...
Eh? ¿qué tal?

ADELA. ¡Me haces reir!

LUIS. No, pues á mí... te confieso

que por pensar mucho en eso
no pude anoche dormir.
Y á la primera ocasion...
porque Isabel tiene gracia!...

ADELA. (Riendo.) Luis!... ¿Y tu aristocracia?

LUIS. Siempre es muy noble un millon.
(Suena el acento de Isabel.)

ADELA. Calla... á ver.... (Escuchando.)

LUIS. Qué te contrista?

ISABEL. (Dentro.) Quiero verla con urgencia!...

LUIS. Diablo! (Sorprendido alegremente.)

ADELA. ¡Rara coincidencia!

LUIS. (Alegremente.) ¡Coincidencia espiritista!
¿No es ella?

ADELA. Creo que sí.

LUIS. (Con volubilidad.) Esto me pone perplejo.
¡Cáspita!... Un golpe de espejo...

ISABEL. (Entrando.) Ah!

ADELA. (Seliendo á su encuentro.) Isabel...

LUIS. (Acudiendo á recibirla.) Usted aquí!

ESCENA III.

ADELA, ISABEL, LUIS.

ISABEL. Perdone usted que atrevida
venga á molestarla un punto;
mas se trata de un asunto
que importa mucho á mi vida.

ADELA. Me hace usted mucha merced
en abrirme así su alma;
mas recobre usted la calma,
y en descansando hable usted.
(La conduce á un sofá.)
Siéntese usted junto á mí
y deje á un lado su pena.

ISABEL. Gracias, usted es muy buena. (Se sientan.)

LUIS. (Ap.) ¿Qué diablos la trae aquí?
(Alto.) Perdone usted que discreto
las deje solas.

ISABEL. (Vivamente.) Ah! no!
no presuma usted que yo

traiga escondido un secreto.
Al contrario, con afan
pido que se quede á oir,
que algo me puede servir
su influjo para don Juan.

LUIS. Ya! ¿se trata de Mendoza?...
De Mendoza!... ¡vive Dios!
¿pues qué podremos los dos
negar á tan buena moza?
Hable usted con claridad
y deponga usted su apuro,
que desde luégo le juro
que haremos su voluntad.

ISABEL. Gracias por tanta merced!...

LUIS. ¡Qué gracias!... Yo nada valgo,
mas rabio por hacer algo
que pueda agradar á usted.

ISABEL. (Ap.) ¡Gracias á Dios! (Alto.) Pues señor,
ya es preciso que hable claro,
mas el asunto es tan raro
que me sofoca el rubor.
Papá... ¡no sé cómo hablar!
pretende casarme.

LUIS. (Dando un respingo.) ¡Cristo!

ISABEL. Y porque yo me resisto
me quiere desheredar. (Enternecida.)

ADELA. ¿Desheredarla tanbien?

LUIS. (Con calor.) ¿Casarla?... ¿Desheredarla?
hombre, ¡esto es bueno!... ¡Casarla!
pero diga usted, ¿con quién?

ISABEL. Lo sé yo? ¡triste de mí!

LUIS. Eso de la raya pasa!

ISABEL. Por vez primera en mi casa
anoche misma lo ví,
y al verlo en ella, no sé
por qué me sentí afligida,
y es que una voz dolorida
me dijo de él no se qué.
¿Era aquel sordo rumor
vago gemido del viento,
instinto, presentimiento
¿ó espíritu de temor?

—No sé, no sé qué sentí
cuando absorta de repente,
le ví un punto frente á frente
y luégo cerca de mí.
Ay! cuando en su apoyo á hablar
me vino papá á deshora,
y dijo: «ese bombre te adora
y con él te has de casar,»
Vertiendo llanto de hiel
repliqué á papá: «no puedo:»
y él dijo: «te desheredo
si no te casas con él.»

LUIS. Nada, lo tomó por pique;
¿pero quién es ese hombre?

ADELA. ¿No te dice ya su nombre
el corazon?

LUIS. (Vivamente.) ¿Será Enrique?

ISABEL. (Afirmando.) Aquel jóven del billete,
su amigo de usted.

LUIS. ¿Mi amigo?
Calle usted! Pues digo, digo!
¡Si ese mozo es un pillete!
¿Cómo pillete? Algo más,
un rufian, un tuno, un ladre;
¿pero señor, ese padre,
está dado á Satanás?
¿Qué es lo que en él le contenta
para dar en tal porfía?
Ah! ya sé, la lotería,
¡el mil trescientos cincuenta!
Cegado por su aprension
espiritista, lo veo,
cree que al hacerse el sorteo
hoy toca á Enrique el millon.
¿Se puede dar egoismo
más estúpido y brutal?
(Á Adela.) ¡Ya ves! ya ves la moral
que enseña el espirititismo.

ADELA. ¿Pero querrás que se explique?

LUIS. Hombre, si esto al cielo clama!
unirla á quien no se ama!
¿Y con quién? ¡Con un Enrique!

Si fuera con otro!... Con...
vamos al decir, conmigo:
(Interrumpiéndose.)
No piense usted que lo digo
porque usted lleve un millon.
El desinterés me escuda,
yo soy así, todo amor:
una mujer va mejor
cuando va al altar desnuda.

ADELA. Bien, sí; mas deja á su afan
que se explaye.

LUIS. (Conteniéndose.) Escucho fiel.

ADELA. ¿Qué podrá hacer, Isabel,
en este asunto don Juan?

ISABEL. Si usted hiciera de modo
que él lo pudiera evitar!
¿Qué podrá papá negar
á quien se lo debe todo?
De niño fué su tutor,
cuida su hacienda completa,
y le quiere y le respeta
como á su dueño y señor.
Y como usted es tan buena
y don Juan á usted adora,
y en este mundo, señora,
todo al cabo se encadena,
he dicho: «si en mi favor
intercede generosa
la bella y futura esposa
de don Juan; si él por su amor
se interesa por mi suerte
y habla en seguida á papá,
juzgo que desistirá
de un enlace que es mi muerte.
Esta pues, es la razon
que á buscarla me ha traido;
si acaso indiscreta he sido
perdone mi indiscrecion.

ADELA. (Con calor.) Fie usted en mí.

LUIS. (Vivamente.) Muy bien,
y en mí tambien. (Ap.) Vaya un tio!...
(Alto.) Voy á armar con esto un lio!

¡Ya verá usted qué belen!

ISABÉL. Oh!... mi gratitud notoria
en todos tiempos será!

LUIS. Ya verá usted!... ¿mas quién va?
(Sale Gregoria.)

ISABEL. Es mi doncella Gregoria.

ESCENA IV.

DICHOS, GREGORIA.

ISABEL. ¿Qué te ocurre?

GREG. Que el señor
ha entrado aquí.

ISABEL. Cielos!

LUIS. Eh?

ISABEL. Ah Dios mio!... ¡Si nos ve!...
Escondednos por favor.

ADELA. Entreténlo un poco aquí.

LUIS. Yo á recibirle me quedo.

ADELA. Vengan ustedes sin miedo.

LUIS. (Ap. á Adela.) Á ver si la hablas por mí.
(Entran habitacion darecha.)

ESCENA V.

LUIS solo, reflexionando un momento.

Y ahora hagamos la conquista
de este endemoniado viejo;
voy á dejarlo perplejo
con un golpe espiritista.
(Se sienta junto al velador, toma lápiz y se coloca en actitud de escribir, muy abstraido.)

ESCENA VI.

D. LESMES, LUIS.

LESMES. Hola, señor don Luis!

LUIS. (Vivamente.) Espere usted un momento
y tome si gusta asiento.

LESMES. ¿Qué es eso?

LUIS. ¡Un grano de anís!

LESMES. ¿Intenta usted una prueba
de espiritismo? (Con curiosidad.)
LUIS. Y no en vano.
(Escribe precipitadamente.)
Vea usted, vea usted qué mano.
¡Si es el diablo el que la lleva!
LESMES. Hombre, ¡qué trasformacion!
¿Á que se debe este aborto?
LUIS. ¡Es que anoche quedé absorto
con lo que ví en la sesion!
LESMES. (Alegremente.) Y es creyente ya?
LUIS. Confieso
que me asombró cuanto ví.
Vamos, tengo para mí
que voy á perder el seso.
¡Conversion más instantánea!
LESMES. Conque ya cayó en la red?
LUIS. (Escribiendo.)
Cómo no? ¡Vea usted!... Vea usted!...
(Parándose y leyendo.)
«Revelacion espontánea.»
LESMES. (Con curiosidod.) Á ver? á ver?—¡Y es verdad
(Leyendo.) Re-ve-la-cion!... Sí, clarito!
LUIS. No, lo que es eso está escrito
con perfecta claridad.
LESMES. Es asombroso!
LUIS. Admirable!
LESMES. Sorprendente!
LUIS. (Moviendo el lápiz.) Sí, sí, pero
ya se mueve el lapicero,
va á hablar.
LESMES. Sí, que hable, que hable.
LUIS. (Escribiendo á su antojo.)
¡Qué demonios de tarea!
¡Si esto es una taravilla!
¡Bien puedo como Zorrilla
decir: «¡qué largo plumea!
LESMES. (Con curiosidad.) Y qué dice en conclusion?
LUIS. (Dándole lo escrito.)
¡Dé usted de ello testimonio!
LLSMES. (Leyendo.) «Se proyecta un matrimonio
»que es una profanacion.

»No permitas que cruel
»su mano el padre adjudique
»á ese tunante de Enrique,
»salva á mi pobre Isabel!»

LUIS. Eh?... ¿Qué tal?

LESMES. (Absorto.) Esto me llena
de gran confusion!

LUIS. Y á mí!
usted lo entiende?

LESMES. (Pensativo.) Yo sí.
(Ap. con recelo.) Esta es el alma de Elena!

LUIS. Si usted lo entiende, yo no.
Conque ayúdeme á pensar.
¿Quiénes se van á casar?
¿Quién es ese padre?

LESMES. (Con cierto terror.) Yo.

LUIS. Hombre!... ¿Conque es para usted
lo que he escrito? ¡Estoy pasmado!

LESMES. Pues no me ve usted pegado
como un cuadro á la pared?

LUIS. Descífreme usted la cosa
y hablaremos luégo en calma.
¿Quién cree usted que escribe?

LESMES. (Desfallecido de miedo.) El alma
de mi desgraciada esposa.

LUIS. ¿De veras? (Fingiendo temor.)

LESMES. Lo doy por cierto,
sí señor, y lo revela
el ver que me sigue y cela
como si no hubiera muerto.
Era su eterna manía
estar conmigo de punta,
y ya ve usted, de difunta
no me deja todavía.
En esa insistencia fiel
la reconozco, y por pique
se niega á que don Enrique
dé la mano á mi Isabel.

LUIS. (Vivamente.) Ya veo con claridad.
¿Conque Enrique es el amante?
pues hombre, ¡si es un tunante
de primera calidad!

LESMES. El jóven de anoche?
LUIS. El mismo.
LESMES. El del billete?
LUIS. (Confirmando.) Aquel feo.
¡Canario!... ahora si que creo
que es cierto el espiritismo.
LESMES. ¿Por qué?
LUIS. Por una razon
que no es nada sospechosa;
¿por qué cree usted que su esposa
acude á mi intervencion?
¿Por qué viene á ese papel
á defender su tesoro?
Porque sabe que yo adoro,
que yo idolatro á isabel.
LESMES. Usted? (Sorprendido.)
LUIS. Sí, y á no dudar,
el alma que así se expresa,
es que por mí se interesa
con afecto singular.
Y es porque sabe tambien
que yo puedo dar razon
de si Enrique es un bribon
ó si es un hombre de bien.
LESMES. ¿Qué dice usted?
LUIS. ¿Que qué digo?
Fije usted en la memoria
esta peregrina historia
del que un tiempo fué mi amigo.
Un dia en cierto burlote
le hallé con tantos apuros,
que le presté diez mil duros
que eran parte de una dote.
LESMES. ¿De una dote?
LUIS. Sí señor,
de Adela.
LESMES. ¡El préstamo es fuerte!
LUIS. Como de papá á la muerte
quedé yo por su tutor,
queriéndole conservar
su caudal estrictamente,
vamos, no hallé inconveniente

tal préstamo en otorgar.
Extendióse una escritura
con interés muy escaso;
mas fué lo bueno del caso
que por su mala ventura,
tanto se entregó á jugar,
que al llegar al vencimiento
me díjo: «Luis, lo siento,
»mas no te puedo pagar.
»Mi fortuna se ha ido al trote,
»mas todo al cabo se allana
»si me entregas á tu hermana
»ya que yo tengo su dote.
»Así puede concluir
»nuestra deuda á no dudar,
»pues ni tú tendrás que dar
»ni yo nada que pedir.»

LESMES. Eso es no tener conciencia!

LUIS. Qué conciencia? No señor;
¡pues si es un estafador
y un bribon por excelencia!
¿Qué sabe usted lo que es él?
Á sostenerle en su gracia
va usted á hacer la desgracia
de mi adorada Isabel.

LESMES. (Ap.) Canario! Estoy en un potro.

LUIS. Que usted la coloque, pase;
pero...

LESMES. (Ap.) Con tal que se case
¿qué me importa este ó el otro?
(Alto.) Pues sabe usted que esa historia
me recuerda muy al vivo
otra historia de un recibo
que era el dote de Gregoria?

LUIS. (Receloso.) Qué Gregoria?

LESMES. Mi doncella,
la doncella de Isabel!
Hombre!... ¡Cosa más cruel!
no quiero pensar en ella.

LUIS. (Inquieto.) ¿Sí, eh?

LESMES. Su papá don Bruno...
un desdichado, un buen hombre!

LUIS. (Ap.) Sí, don Bruno era su nombre.
LESMES. Prestó igual suma á otro tuno.
LUIS. (Aturdido.) De veras, eh?... ¿y qué pasó?
LESMES. (Irritado.) Que el tuno... no lo concibo,
pidió á don Bruno el recibo,
y sin pagar lo rompió.
LUIS. (Con vaguedad.)
Ah! lo rompió? ¡Buena es esa!...
(Procurando reir.)
¡Cáspita!... pues hizo suerte.
LESMES. Como que causó su muerte
el dolor y la sorpresa!
Y se comprende.
LUIS. (Ap. preocupado.) Jesús!
vamos, no doy en la clave;
¿cómo este asunto se sabe
si él no dijo *chus* ni *mus*?
(Alto.) Pero cómo se confirma
esa estafa sin conciencia?
LESMES. Eso sí; por la existencia
de una epístola sin firma.
Y aunque nada se penetra
por esa carta sin nombre,
áun puede hallarse á ese hombre,
porque conozco la letra.
LUIS. (Ap. vivamente ocultando los papeles y rompiéndolos disimuladamente.)
Ah diablo!... Si da en la pista!...
Rompamos las pruebas pues;
¡no me salga del revés
la tal broma espiritista!
LESMES. (Vivamente.) Me asalta una idea buena!
LUIS. (Irónicamente.)
¿Es posible?... Á ver!... á ver!
LESMES. Su nombre puedo saber
por intervencion de Elena.
(Llevándolo al velador.)
Vamos, evoque, demande
á su espíritu.
LUIS. (Con intencion burlona.) Ah!... sí, sí!
(Se sienta á escribir y la mano se le mueve á pesar suyo.)

tal vez! (Tira el lápiz.) ¿Qué pongo yo aquí?

LESMES. (Mirando.) ¿Qué es ello?

UN MUCHACHO. (En la calle.) La lista grande!

LUIS. (Ap. y desconcertado.)
¡Mi nombre he puesto yo mismo!

LESMES. Ah!... la lista!... voy á ver...
(Busca el sombrero.)

LUIS. (Confuso.) Diablo!... ¡Si empiezo á creer
que es algo el espiritismo!
(Alto.) Se va usted?

LESMES. Sí, me impacienta
ignorar dónde ha tocado...
¡Si habrá salido premiado
el mil trescientos cincuenta!
El dichoso que lo apande
se puso las botas. (Sale.)

LUIS. (Riendo forzadamente.) Si...
(Ap.) Qué es lo que pasa por mí?

MUCHACHO. (Fuera.)
La lista, la lista grande!

ESCENA IX.

LUIS solo, mirando confuso el papel que tiene delante.

¡Qué demonio de suceso!
¡Estoy confuso y absorto!
¡Si he puesto mi nombre claro!
Aquí está, ¡mi nombre propio!
Y yo he movido la mano
sin querer; así, de pronto,
como se desprende un rayo
ó se anuncia un terremoto!
(Pausa.) ¿Será verdad? ¿Será cierto
que jamás estamos solos,
que siempre nos cercan seres
que ven nuestros actos todos?
¿Cómo diablos se ha sabido
lo de aquel recibo roto,
si yo no lo he dicho á nadie
ni el muerto ha hablado tampoco?
(Pausa.) ¿Será que yo preocupado
con tan maldito negocio,

he escrito al *tum tum* mi nombre
en lugar de escribir otro?
(Con fe.) Pues eso es! ¿Quién lo duda?
Soy lo más necio! Ahora noto
que puede el espiritismo
hacer del más cuerdo un tonto.

ESCENA VIII.

LUIS y el CRIADO de la escena primera.

LUIS. (Saliendo á su encuentro.)
Carta de Enrique. (La coge.) Veamos.
(Abre y lee.) «Iré á verte.»—Claro y corto.
Está ofendido, me alegro;
hoy le insulto y le acogoto.
CRIADO. Ahí está ese caballero.
LUIS. Cuál?
CRIADO. El del número ocho,
calle del Prado.
LUIS. Ah!... ya caigo.
Cáspita!... ¡Si ahora me expongo
á hablar con él, no hay remedio,
me convierte en lelo ó loco.
Me voy por otra escalera
y veré si á Enrique cojo.
Avisa á la señorita,
volveré dentro de poco. (Sale.)
(El Criado entra en la habitacion de Adela y sale á poco.)

ESCENA IX.

ADELA, ISABEL, GREGORIA, CRIADO.

ADELA. ¡Se marchó!
ISABEL. ¡Gracias á Dios!
ADELA. ¿Y Luis?
CRIADO. Salió, señora.
GREG. (Vivamente.) Pues tambien es tiempo ahora
de que salgamos los dos.
ADELA. (Á Isabel.) No dice usted que querria

hablar al de anoche?

ISABEL. (Con suma curiosidad.) Oh, sí.

ADELA. Pues quédese usted aquí,
que va á entrar.

GREG. ¡Ave María!
El brujo?

ISABEL. (Á Adela.) Entónces me quedo;
que le quiero preguntar
si es fácil comunicar
con mamá.

GREG. Jesús ¡qué miedo!
¡Profanacion más notoria!
¿Quién cree tales desaciertos?
vamos, dejen á los muertos
dormir en paz en la gloria.

ADELA. (Al Criado, que sale.)
Hazle entrar; que yo tambien
quiero preguntarle en calma
por un alma que mi alma
quiso en otro tiempo bien.

GREG. (Ap.) Vaya!... ¡Están locas las dos!
Locas, y locas de atar.
¿Pues no quieren penetrar
en los secretos de Dios?

ESCENA X.

DICHAS, el SONÁMBULO.

SONAMB. Señores!...

ADELA. (Dándole la mano afectuosa.) Perdone usted
que á buscarle haya mandado.

SONAMB. Yo me juzgo muy honrado
de usted estando á merced.

ADELA. Siéntese usted.

SONAMB. Gracias.

(Se sientan todos ménos Gregoria.)

ADELA. Voy
á decirle con franqueza,
en qué estado de flaqueza
mi razon se encuentra hoy.
Mágia, habilidad, ó ciencia,
no sé qué filtro ha empleado,

que conozco que ha brotado
otro mundo en mi conciencia.
De sus doctrínas en pos
se escapa mi pensamiento;
con ellas mi entendimiento
percibe más claro á Dios.
Á Dios, ser sabio y bendito
que en todas partes se agita,
y cuya esencia palpita
en el espacio infinito.
Y es que su poder me advierte
con milagros sin medida,
que es eterna nuestra vida,
pues da vida hasta en la muerte.
Ahora bien, yo que me abismo
pensando en la eternidad,
quiero saber si es verdad
ó es farsa el espiritismo.
Quiero con ansia saber
si un alma que aquí fué mia,
alma que llenó otro dia
mi corazon de mujer,
á mi tierna evocacion
es fácil que amante acuda:
¿puede usted dar á esta duda
clara y fácil solucion?

SONAMB. ¡Si es posible responder
á esa duda, á esa ansiedad!
Para encontrar la verdad
no hay más que observar y ver.
—Quién causa esa sensacion
que sin motivo aparente
nos agita de repente
y nos prensa el corazon?
De dónde arranca el gemido,
el ¡ay! el penoso acento
que resbala por el viento
y se estrella en nuestro oido?
—¿Quién en las noches sombrías
finge en los aires lejanas
serenatas sobrehumanas
de ignoradas armonías?

—Quién nos manda en el olor
de una flor ya disecada,
la historia de una mirada
que abarca un mundo de amor?
—¿Quién, sin poderlo evitar,
nos nubla el alma de enojos?
Quién da llanto á nuestros ojos
cuando no hay por qué llorar?
—¿Y quién enseña y advierte
al ánima dolorida,
que nuestra vida no es vida,
que nuestra muerte no es muerte?—
Si usted no se ha dado ya
de tales prodigios cuenta,
observe usted, juzgue atenta
y á ver claro empezará.—

ADELA. Sí, no niego que á mi oido
más de una vez ha llegado
el acento enamorado
de un ser que me fué querido.
Sí, no niego que es verdad
que más de una vez riente
se ha pintado exactamente
su rostro en la oscuridad.
Sí, no niego que la brisa,
fresca, olorosa, suave
como el suspiro de un ave
que cruza el aire de prisa,
ha estremecido mi ser
con tan celeste alborozo,
que ha estremecido de gozo
mi corazon de mujer.
¿Mas por eso debo yo
admitir tales creencias?
¿Debo dar las apariencias
por realidad?

SONAMB. Eso no.
¿Quién le manda á usted creer
aquello que mal se explica,
lo que no se identifica
con la esencia de su ser?
Mas si presa de un dolor

que la suma en luto y duelo,
cree usted sentir como el vuelo
de un ángel consolador;
si siente usted junto á sí
algo que de usted es dueño;
si sueña usted y en el sueño
ve lo que ha perdido aquí;
si piensa en el ser querido
que hirió la muerte cruel,
y al rogar á Dios por él
siente algun leve ruido;
si todo eso siente, en pos
diga usted sin vacilar:
«junto á mí debe de estar
un espíritu de Dios.»—
No extrañe usted el desden
del que á tal verdad se cierra;
el alma busca en la tierra
al que aquí la quiso bien.

ISABEL. Sí, sí, ¡Dios mio! algo de eso
es verdad; sobre mi frente
una noche de repente
sentí la impresion de un beso.
Ante aquel rumor fugaz,
desperté, dí un alarido,
y una voz dijo á mi oido:
—«Adios, mi bien, duerme en paz.»—
Trémula, convulsa, fria,
abrí los ojos, miré,
y en las sombras divisé
la faz de la madre mia.
Ay! quise abrazarme á ella;
pero con dulce sosiego,
tierna me dijo:—«Hasta luego,»
y al punto perdí su huella.—
Desde entónces, ay de mí!
en todas partes la veo:
¿por qué las más veces creo
que fué sueño lo que ví?

ADELA. Ah!... Tampoco yo explicar
puedo lo que he percibido:
más de una noche he sentido

ese piano sonar.
Y es que un amante al partir
me dijo con pena impía:
—«Si ausente de tí algun dia
acaso llego á morir,
cuando el eco del piano
como un eco del Eden
lleve á tu oido, mi bien,
el dulce Wals de Benzano,
piensa Adela, piensa en mí,
me dijo con triste acento,
porque Dios, en tal momento,
querrá que esté junto á tí.
Tres meses despues ó más,
cumplió su fatal concierto.

ISABEL. Sonó el piano?

ADELA. ¡Habia muerto
en los campos de Vald-Rás.—(Pausa.)
Mas tarde, cuando mi pena
me postró doliente y grave,
sonó el teclado del clave
en otra noche serena.
Y entónces su voz oí
que me dijo:—«¿Por qué lloras?
¿No sabes que á todas horas,
que siempre estoy junto á tí?»
Y sin embargo, no creo,
no creo, no tengo fe:
si está á mi lado, ¿por qué?
¿por qué, señor, no lo veo?—

SONAMB. Pobre humanidad! ¡Jamás
cree en aquello que no toca!
¡Siempre murmura su boca,
«*más*! (Con desden.) ¡El *más*! ¡El siempre *más*!
¿Por qué insensata va en pos
sin gratitud ni respeto,
de ese insondable secreto,
que es el secreto de Dios?
Si en su designio profundo
se pudiera penetrar,
¿qué ser no osára intentar
la formacion de otro mundo?

Si Dios otra vida advierte
para calmar nuestro duelo
y alza una punta del velo
al misterio de la muerte;
gracia sobrenatural,
que en su altísimo juicio,
viene á refrenar el vicio,
viene á alentar la moral;
¿qué más se puede pedir?
¿qué más se puede querer
cuando nos deja entrever
el más allá del morir?
Si por tan alto favor
que ninguna ciencia explica,
todo ser se comunica
con las prendas de su amor;
si el crímen, el vicio, el dolo,
por más que un punto se oculte,
no hay antro que lo sepulte
porque no hay ser que esté solo;
si el más ignorado arcano
se descubre á toda hora;
si en todas partes, señora,
de Dios se siente la mano;
¿cómo tratar con desden
se puede al espiritismo,
cuando sabe usted que *Él* mismo
es espíritu tambien?

GREG. Digo á usted que ni Merlin!
pero ya que nada ignora,
puede usted decirme ahora
quiénes mataron á Prim?
Y si no lo toma á mal,
puede decirme de cierto,
quién fué el hombre que vió muerto
la calle del Arenal?
Porque si da con la pista
en lo del rey Amadeo
y acierta, diré: «pues creo»,
y me apunto espiritista.

SONAMB. (Despues de un momento.)
Para la suma bondad

que de todo y todos cuida,
no hay espacio ni medida,
no hay tiempo en la eternidad.
Lo que parece que tarda,
en él siempre está presente:
¿quién sabe por qué consiente
el misterio que eso guarda?
Cuando preste la verdad
á ese asunto un leve indicio,
diria el humano juicio:
—«¡rareza!... ¡casualidad!»—
Y es que el humano talento
olvida en su frenesí,
que nada se mueve aquí
sin el soplo de su aliento.
En vano es ir ahora en pos
de esa tragedia funesta:
sobre todo, la respuesta
la dará á su tiempo Dios.
Y ahora, negad ó creed;
para esta ciencia, si es ciencia,
no hay más luz que la conciencia.
(Despidiéndose.) Estoy á los piés de usted.

ADELA. Eh?

ISABEL. (Con pena.) Cómo!... ¡se va usted ya?

GREG. Se ha ofendido?

SONAMB. No, á fe mia.

ISABEL. Dios mio!... ¡Y yo que queria
cumunicar con mamá!

SONAMB. Otro dia con placer
la sesion continuaremos;
(Á Adela.) pero cuide usted que estemos
con quien me pueda entender.
(Saluda y sale.)

ESCENA XI.

DICHAS, ménos el SONÁMBULO.

GREG. Me partió.

ISABEL. (Con disgusto.) Tiene razon,
has hecho una tontería.

ADELA. (Á Gregoria.) Para otra vez, hija mia,
recuerde usted la leccion.
ISABEL. Ya has retardado el momento
que buscaba en mi ansiedad.
GREG. Confieso mi necedad,
mas ¿qué remedio?—Lo siento.—
(Riendo.) Pero quiá! ¡Si soy más gata!
Su retirada, ¿qué arguye?
Siempre se ha dicho: «al que huye,
ponerle puente de plata.»
Porque al fin, ¿por qué se va?
Lo que ha dicho, ¿es responder?
Ustedes podrán creer,
pero á mí no me la da.
Si tiene tanto magin
y ansiaba inspirarnos fe,
¿por qué no ha dicho, por qué,
«esos mataron á Prim?»—
Siendo público el afan,
¿no hubiera sido más cierto
preguntar al mismo muerto:
—«¿Quién te mató, amigo Juan?»—
Y de la justicia en mengua,
si esto es cierto, sin empacho
lo hubiera dicho el muchacho,
que no era corto de lengua.
ISAEEL. (Escuchando.)
Calla un momento. (Asustada.) ¡Papá!
GREG. (Con enojo.) Jesús! no olvida el camino!
ISABEL. Claro! ¡hablando tan sin tino!...
ADELA. (Vivamente.) Venid.
GREG. (Mirando al foro.) Quiá! no es tiempo ya.
ISABEL. ¿No ves? ¿No ves? Por tu culpa
nos ha cogido en la red.
GREG. Vamos, no se apure usted,
yo encontraré una disculpa.

ESCENA XII.

DICHOS, D. LESMES, ENRIQUE.

LESMES. (Sofocado.) ¡Me lo daba el corazon!

¿Qué dirá don Luis ahora?
¡Y pensar, suerte traidora,
que no es mio ese millon!
Oh!... la bilis me revienta
y me tiene casi ahogado!
(Á Adela.) ¿Sabe usted que le ha tocado
el mil trescientos cincuenta?

ADELA. Sí? (Con indiferencia.)

GREG. Eh?

LESMES. Número que á pique
estuve yo de comprar,
y que por un raro azar
vino á tomar don Enrique.
(Viendo á Isabel y Gregoria.)
Calla! ¡Vosotras aquí!

GREG. Sí, fuimos á la novena...

LESMES. (Ap. á Isabel.) Pues dale la enhorabuena,
que el millon es para tí.

ISABEL. (Ap. á D. Lesmes.) Papá, no insistas por Dios.

LESMES. (Id.) ¡Vaya un remilgo importuno!
¿Quieres quedarte sin uno
cuando puedes tener dos?

ISABEL. Pero si yo no lo quiero,
si no lo puedo querer!

LESMES. Calla! ¿pues no has de poder
teniendo tanto dinero?

ENR. (Ap. á Adela, al otro lado del escenario.)
Soy rico, tengo un millon,
y usted sabe que la adoro.

ADELA. (Sonriendo.) No se logra con el oro
lo que esquiva el corazon.

ENR. (Ofendido.) Insiste fiera y cruel
en desden tan duro?

ADELA. Insisto.

ENR. (Ap.) ¡Te ha de pesar, vive Cristo!
(Volviéndose sin dar muestras de ira.)
Oh!... señorita Isabel!
de gozo el alma se llena
viendo á usted tan seductora!

ISABEL. (Ap., sin mirarle.)
Oh!... ¿qué haré?

LESMES. (Ap., con calor.) Vamos, ahora

lárgale tu enhorabuena.

ISABEL. (Ap.) Oh!... máteme usted tambien!
(Pasa al lado de Adela sin contestar á Enrique, que se queda cortado mirando á D. Lesmes.)

ENR. (Á D. Lesmes.) ¿Qué me indica este desvío?

LESMES. (Turbado.) Desvío? ¡Quiá, amigo mio!
Eso es rubor.

ENR. (Mortificado.) No, desden.
Acaso su corazon
á otro adora...

LESMES. (Vivamente.) Eso me hiere.
¿Qué muchacha no prefiere
á un novio con un millon?
(Las mujeres hablan entre sí. D. Lesmes revela su disgusto. Enrique se sonrie.)

ESCENA XIII.

DICHOS, LUIS.

LUIS. (Á Enrique.)
¡Gracias que al cabo te encuentro!

ENR. (Saliendo á él.) ¿Has ido á mi casa?

LUIS. He ido.

ENR. Lo siento por la molestia!
¿No te dió mi carta el chico?

LUIS. Sí, mas despues he pensado
que era mejor sin testigos...

ENR. (Con desden.) Me es igual.

LESMES. (Interrumpiendo á D. Luis.) Y bien, ahora,
¿qué me dice usted, amigo?
Le ha tocado el premio grande!
El premio grande! ¡Qué aviso
dado ayer más claramente
y más vanamente oido!
El mil trescientos cincuenta!
Un millon que usted no quiso.
Ahora diga usted que es farsa
eso del espiritismo.

ENR. (Á Luis.) Cuando el Estado me pague...

LESMES. (Vivamente.) Y eso es mañana, de fijo.

ENR. Te daré los diez mil duros

que te debo.

LESMES. (Con admiracion, á D. Luis.)
¡Eso es muy digno!
(Ap., mirando á Enrique.)
Y ahora pesco yo á este otro
con un golpe de los mios!
(Á Enrique.) No deje usted por dinero
de pagar como es debido:
mi caja es suya.

ENR. Si él quiere...

LESMES. En firmándome un recibo
don Luis, pago en el acto
y negocio concluido.

ISABEL. (Ap. á Adela.) ¿Ve usted, Adela?

ADELA. (Ap. á Isabel.) ¡Oh codicia!
Bien su intencion adivino.

GREG. (Ap.) Nunca he visto á mi usurero
más rumboso y desprendido.

LUIS. (Ap., reflexivo.) ¡Canario! Isabel no es mia,
conozco bien á este tio.

LESMES. (Á Luis.) Ea, á cobrar esos cuartos.
¿Por qué está tan pensativo?

LUIS. (Encogiéndose de hombros.)
Por mí...

LESMES. (Llevándole al velador.) Manos á la obra.

ENR. Gracias, don Lesmes.

LESMES. (Ap.) Ya es mio.
(Á Luis, que escribe.)
Hombre, usted exageraba:
pues no es tan malo este chico!
Este paga, pero el otro...
el otro sí que es un pillo!

LUIS. (Ap.) ¡Coincidencias más extrañas!
Si esto parece un castigo!
Firmé. (Rubrica y se levanta.)

LESMES. (Sacando un talon.) Pues yo pago ahora
y se zanjó este asuntillo.

LUIS. (Ap. á D. Lesmes.)
Pero escuche usted, don Lesmes,
á pesar de lo que ha dicho
el alma de doña Elena,
¿insiste usted?...

LESMES. (Comprendiendo.) ¿Que si insisto
en casarla?—Por supuesto!
Ahora más que nunca!... Digo!—
¡Pues si es un mozo muy guapo
y lleva un millon y pico!

LUIS. (Desesperado se separa.)
Reniego de mi fortuna!...

LESMES. (Al guardarse el recibo lo repara y se queda asombrado.)
¡Demonio!... ¿qué es lo que miro?...
(Se dirige á Enrique con quien habla en secreto mientras al otro lado habla Luis con Adela formando dos grupos.)

ADELA La casa con él? (Ap. á Luis.)

LUIS. (Desesperado.) Pues claro,
tiene un millon! (Entra D. Juan.)

ISABEL. (Al verle.) Ah, Dios mio,
don Juan!

ADELA. (Yendo á él.) Hablaré con él.

ESCENA XIV.

DICHOS, D. JUAN.

ENR. (Ap. al verle.) ¡Él aquí!.... Logré mi intento.

ADELA. (Ap. á D. Juan.)
Llega usted en buen momento
para salvar á Isabel.

JUAN. ¿De qué?

ADELA. La quieren casar
con Enrique.

JUAN. (Sonriendo con asombro.) Ya? ¡Es posible!
¡Isabel, que es tan sensible,
con ese loco de atar!
Anoche di en su intencion;
¡mas cómo el papá ha aceptado?

ADELA. Es que á Enrique le ha tocado
esta mañana un millon.

JUAN. De veras? Si eso es verdad
que no me extraña confieso.

ENR. (Ap. á D. Lesmes.) Anuncie usted el suceso
con toda solemnidad.

Allí fraguan un compló
que es preciso que evitemos;
hable usted, no nos quedemos
burlados usted y yo.

JUAN. (Adelantándose.) Oh Enrique, tú por aquí?...
(Á D. Lesmes.)
Y usted tambien?

LESMES. Pues.

JUAN. (Sonriendo.) Qué pasa?
¿Hay bandos en esta casa?
¿Qué hacen ustedes ahí?

LESMES. Aguardando una ocasion
que á todos fuera propicia,
para darles la noticia
de una inesperada union.

JUAN. ¿Una boda? ¿Y quién es él?
Quién ella?

LESMES. Justo es que explique...
El futuro es don Enrique
y la novia es Isabel.—

ADELA. (Indignada.) Oh!

ISABEL. (Reclinándose llorosa en Adela.)
Jesus!

JUAN. (Irónicamente.) Bravo!

ISABEL. ¡Qué horror!

JUAN. (Con calma á D. Lesmes.)
Usted ha hallado una viña;
(Á Enrique.) Y si te quiere esa niña,
tú la has hallado mejor.

ENR. Eso creo yo en conciencia.

LESMES. Y yo su amor le prometo,
(Mirando con intencion á Isabel.)
que ella es hija del respeto
y es su norte la obediencia.

JUAN. ¿Quién niega que debe ser
ángel de amor en su hogar,
la que sabe respetar
al padre á quien debe el ser?
¿Mas llenó usted la mision
de aquel que á una niña casa?
¿Conoce usted lo que pasa
dentro de su corazon?

ENR. (Anticipándose con intencion á D. Lesmes.)
No es Isabel, segun creo,
de esas niñas sin juicio,
que por costumbre ó por vicio
siguen sólo su deseo.
De esas que en perpétuo afan
y por un orgullo vano
aman lo mismo á un Luciano (Muy marcado.)
que amar suelen á un don Juan.

ADELA. Jesús! (Desprendiéndose de Isabel.)

JUAN. (Adelantándose á Enrique.) ¿Qué quieres decir?
¿Tal reticencia, qué entraña?

ENR. Toma y lee. (Dándole ap. una carta.)

JUAN. Qué (Tomándola sorprendido.)

ENR. (Ap.) Te se engaña.
¿Qué más te debo advertir?

JUAN. (Celoso ap.) Á mí?... ¡me quema la mano
este papel!

ENR. (Ap. satisfecho.) Armé el lio.

ADELA. (Ap. recelosa.) Qué le habrá dado, Dios mío?
(Con extrañeza.)
¿Por qué ha nombrado á Luciano?

ENR. (Á D. Lesmes.) Conque vamos? Ya es razon.

LESMES. Sí, partamos, me acomoda.
(Á todos.) Me alegraré que esta boda
merezca su aprobacion.
(Á Isabel.) Niña, vamos.

ISABEL. (Despidiéndose de Adela.) Ay de mí!
¿qué le digo? ¿Qué hago yo?

ADELA. (Á Isabel.) Isabel, decir un no
cuesta lo mismo que un sí.
(Á Luis.) Despídelos.

LUIS. (Don despecho.) Me enagena
tener que hacer tal cumplido.
Señor, ¿de qué me ha servido
el alma de doña Elena?

ESCENA XV.

ADELA, D. JUAN. Este lee la carta, que estruja en la mano airado.

ADELA. Oh! ¿qué dice, qué revela

ese papel inhumano?

JUAN. (Con calma aparente.)
Esto empieza en «mi Luciano»,
y termina en un «Tu Adela.»

ADELA. (Recobrándose.) Jesús!... respiro!... creí
que era un asunto más grave.

JUAN. (Celoso.) Conque usted comprende y sabe
que esta carta es suya.

ADELA. (Satisfecha.) Oh! sí!

JUAN. (Más celoso.) Y escrita ayer?

ADELA. Sí, por cierto.

JUAN. (Conteniéndose pero airado.)
Es que dice... «Por tí vivo.»

ADELA. (Tristemente.) Sí, son recuerdos que escribo
á la memoria de un muerto.

JUAN. Oh!... Donosa explicacion!
Así de mi amor prescinde?
Un muerto! ¿Á un muerto se rinde
alma, vida y corazon?
¿Ve usted? (La muestra la carta.)

ADELA. (Con calor.) ¡Si digo que sí!

JUAN. ¡Á un muerto hablar con tal fuego!

ADELA. (Sorprendida.)
Oh!... ¿por qué no?

JUAN. (Despechado.) Ciego!... ciego!...
Y yo que en su amor creí!

ADELA. ¿Usted duda de mi amor?

JUAN. ¿No está la prueba en mi mano?

ADELA. (Cubriéndose el rostro.)
Oh!... ¡Luciano!... mi Luciano!
(Sollozando.) ¿Ves cómo tratan mi honor?

JUAN. No piense usted que en la red
caeré de tal misticismo.

ADELA. (Enjugándose los ojos.)
Bien; parta usted.

JUAN. (Tomando el sombrero.) Ahora mismo.
Estoy á los piés de usted.

ESCENA XVI.

ADELA, en el mayor desconsuelo.

Dios mio! tratarme así!
Á mí tan honrada y buena!
(Desesperada.) ¡Luciano!... si ves mi pena,
¿por qué no vienes á mí?...
(En este momento suena el Wals de Benzano, cuyos ecos entran por los balcones, suponiendo que se toca en una casa inmediata. Adela sorprendida, mira al piano con las manos tendidas al aire y llena de terror. Cuando Luis penetra, el sonido del piano se amortigua hasta extinguirse.)

ESCENA XVII.

ADELA, LUIS.

ADELA. Oh!... ¡Su espíritu!... Luciano!
Luciano!...
LUIS. (Entrando.) Adela!... (Sorprendido.) ¿Estás loca?
ADELA. Silencio!... ¿No oyes que toca?
¿No oyes el wals de Benzano?
LUIS. ¡Si es en la calle!...
ADELA. ¡Aprension!...
Escucha, se apaga... cede!... (Calla el piano.)
Adios!... (Cae desvanecida sobre un sofá.)
LUIS. (Acudiendo en su ayuda.) Señor, lo que puede
la fuerza de una ilusion! (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN solo, profundamente abstraido.

Flaqueza humana!... ¡miseria!
juzgar con acierto y calma?
Imposible!... ¡Si es el alma
esclava de la materia!
Materia!... es decir, pasion:
pasion!.... es decir, mentira!...
Cuando domina la ira
está enferma la razon.—
La mia no estaba buena
cuando me cegué de enojos;
ante el fuego de mis ojos
Adela siguió serena.—
¿Era su serenidad
fingimiento ó inociencia?
(Con despecho.)
¡Dios mio... Qué es la conciencia
cuando no es sol de verdad?—
Me impone el cielo castigo
porque injusto la ofendí?
¿cómo ya no viene á mí
ningun espíritu amigo?—

Probemos más.
(Se sienta á escribir y despues de probar se levanta.)
¡Todo es vano!
nada!... castigo cruel...
¡ni una raya en el papel...
ni una pulsacion mi mano!
(En el mayor desaliento.)
Alma mia, apura el duelo
que á muerte tal te condena;
Dios ha roto la cadena
que te sujetaba al cielo.
(Se deja caer abismado en la butaca.)

ESCENA II.

D. JUAN, el SONÁMBULO.

SONAMB. ¡Cómo tan solo?
JUAN. (Saliendo de su estupor.) Dios mio!
Es usted? ¡Cuánto me alegro!
Sin duda el cielo lo envia
en mi ayuda!
SONAMB. ¿Qué tenemos?...
JUAN. Tengo, que no sé si vivo;
tengo, que no sé si muero.
Ántes mi vida flotaba
en esos campos extensos
de la luz, por donde giran
los mundos que Dios ha hecho,
y ahora mi vida, no es vida,
en la sombra y el silencio,
oigo y no sé lo que oigo,
miro y no sé lo que veo.
SONAMB. ¿Ha hecho pruebas?
JUAN. Vanas todas,
vivo en el vacío: eso
(Señala el papel en blanco.)
le indica á usted claramente
que estoy aunque vivo muerto.
Muerto; que todo lo extingue
la vil pasion de los celos,
infame pasion que mata

todos los instintos buenos,
que borra las esperanzas
y envenena los recuerdos.

SONAMB. Ya entiendo: usted se ha dejado
dominar quizás por ellos...

JUAN. Y víboras ponzoñosas
se han enroscado en mi pecho,
sí señor.—Yo amaba á una ángel;
¿Qué digo amaba? aún le quiero
á pesar de los dolores
que por su cariño siento.
La amaba sin conocerla,
la ví una noche en un sueño;
iba por la tierra triste
suspirando por el cielo.
Al mirarme, se detuvo,
y á mí una mano tendiendo,
me dijo:—«crucemos juntos
este mundo de destierro.»
Yo recogí aquella mano,
y á la presion de sus dedos,
tembló mi ser de alegría,
no sé en qué atmósfera envuelto.
Más tarde, mucho más tarde,
dos ó tres meses lo ménos,
la ví una noche en un palco
del Real: sus ojos bellos
se clavaron en los mios
dulces, tranquilos, risueños.
¿Qué hubo en aquella mirada
de sobrehumano misterio?
No lo sé; mas nuestros ojos
en un punto se dijeron
lo que se dicen dos almas
siempre que se ven de nuevo.
Desde entónces nuestras vidas
se unieron por un deseo;
un deseo incomprensible,
vago, indefinible, etéreo,
algo del amor del ángel,
que aspira siempre á lo eterno.
¿Mas qué sierpe envenenada

toda esta dicha ha deshecho?
Cómo he roto yo aquel lazo
que ató un comun sentimiento?
¿Qué pasa en mí, que ahora mismo
la idolatro y la aborrezco,
y la llamo delirante
é irritado la repelo?
¿Qué pasa en mí, que ahora mismo
parece como que advierto
algo que suena en mi oido
muy semejante á un acento,
que sin cesar me repite:—
«¡Qué has hecho, ingrato! ¿Qué has hecho?»
—Si usted puede descifrarlo,
dígame por Dios, ¿qué es esto?

SONAMB. Eso que llamais conciencia,
juez implacable y severo
que dentro del organismo
suponeis que tiene asiento,
no existe; á existir, seria
un espíritu gemelo
del alma, que, contrariando
siempre los malos afectos,
tendria al libre albedrío
más que contenido, preso.
La conciencia es un agente
que existe fuera del cuerpo;
es un espíritu amigo,
dulce, cariñoso, tierno,
que nos reprocha lo malo,
que nos aplaude lo bueno,
que nos ampara dormidos,
que nos avisa despiertos,
que el peligro nos advierte,
que siempre nos da consejos,
que nos sigue á todas partes
desde la cuna hasta el féretro,
y que en la suprema hora
de los dolores supremos,
nos cierra amante los ojos
con un tiernísimo beso.
Ese espíritu se llama

Ángel Custodio en el cielo;
el que no lo ve ni lo oye
es porque está sordo y ciego.
Esa voz que en nuestro oido
suena á veces como un eco,
ese torcedor del alma
que llamais remordimiento,
es su voz: el que la escucha
y la atiende con respeto,
á los males que le aflijan
aún podrá encontrar remedio.

JUAN. ¡Si yo le encontrase al mio!

SONAMB. Vuelva á Adela.

JUAN. Ah!... no, no puedo.

SONAMB. ¿Se lo impide á usted su orgullo?

JUAN. Es que temo su desprecio;
ella es severa, es altiva,
no responderá á mi ruego.
Á más, no se ha defendido
contra cierto documento
que da claro testimonio
de su traicion, y no quiero
ni humillarme ni humillarla
con nuevos requerimientos.
Á qué?—La hipócrita sabe
que en los espíritus creo,
y torpemente se escuda
con no sé qué amor de un muerto.
No es esto indigno?

SONAMB. (Como adivinando.) ¿Quién sabe?
Empiezo á ver claro; creo
que eso que usted juzga burla
tiene muy mucho de cierto.

JUAN. Explíquese usted más claro.

SONAMB. No hace falta, yo me entiendo.
Amor que honrado es altivo,
tiene razon para serlo.
Dice usted bien, será inútil
suplicarla; mas comprendo
que si yo mando que venga
cederá á mi llamamiento.

JUAN. ¿Vendrá?

SONAMB. Quién se ha resistido
jamás al fluido magnético?
¿Lo niega acaso la ciencia
aunque no explica el efecto?
Agente desconocido,
clave de todo misterio,
fuerza motriz de esos mundos
que en perpétuo movimiento
se dilata en el espacio
causando asombros al tiempo,
¿Quién es capaz de negarla
á no ser loco ó soberbio?
Desde un balcon de su estudio
que se ve su casa pienso;
¿no es verdad?...

JUAN. (Vivamente.) Sí, sí.

SONAMB. Pues vamos,
guie usted, y allá veremos.
(Entran en una habitacion lateral.)

ESCENA III.

D. LESMES y GREGORIA.

GREG. No se atufe usted ni riña,
ya sabe usted lo que pasa.

LESMES. (Irritado.) Que mi niña no se casa?
Que no se casa mi niña?

GREG. Pues no escucha usted que no?
Me parece que hablo claro;
mas oiga usted lo más raro,
tampoco me caso yo.

LESMES. Hombre! ¡Esta sí que es más negra!
¿Y por qué? vamos á ver.

GREG. Porque yo no soy mujer
que esté en edad de ser suegra.

LESMES. ¿Suegra? yo estoy aturdido!...
Suegra de quién?

GREG. Claro está,
si Isabel se casa...

LESMES. Ah, ya!

GREG. ¡Qué seré de su marido?

LESMES. Mas no ha dicho que doncella
pretende quedarse?
GREG. Ah, sí;
mas cómo me caso aquí
si ántes no se casa ella?
LESMES. Qué demonio de belen
es este?
GREG. Estoy decidida.
LESMES. Si comeis, perdeis la vida!
y si no comeis tambien!...
En el círculo en que estás,
¿quién nuestro asunto acomoda?
si eso es así, ¿nuestra boda
cuándo ha de hacerse?
GREG. Jamás.
LESMES. (Irritado.) Quieres matarme?
GREG. Eso no.
LESMES. ¡Que no, y tu desden me hiere! (Colérico.)
GREG. Mire usted, la que no quiere
morirse pronto, soy yo.
Dice un refran, «mujer naces;
si el matrimonio te tira,
ántes de casarte, mira
y piensa bien lo que haces.»
Yo este refran de memoria
siendo muchacha aprendí,
y hoy he dicho para mí:
«vamos á cuentas, Gregoria.»
—Marido rico te dan
que pasa de los cincuenta;
¿te tiene el asunto cuenta
segun las cosas están?
—Qué ganas? Joyas y galas!
¿no es verdad?
LESMES. Mucho que sí.
GREG. Mas usted querrá de mí
hacer un ave sin alas.
Ave que sin libertad
viva para darle gusto.
No es esto?...
LESMES. Claro!... ¿no es justo
querer mi tranquilidad?

GREG. Tranquilidad! ¿Quién la espera
ni áun en la luna de miel,
bien que se case Isabel,
bien que se quede soltera?
Si se casa, su marido
querrá mandar, hasta en mí:
si sigue soltera aquí
será lo que siempre ha sido,
el ama.—¡Y es natural!
¿porque quién exige de ella
que dispense á su doncella
un cariño filial?
Quién habrá que la resista
si da en mirarme con ceño?
Y ahora que con más empeño
se hará más espiritista!...
Ahora que henchida de pena
dirá llorando y con fe
que á cada momento ve
el alma de doña Elena!
Digo!... ¿Sufrir eso yo?
¿un estado tan tirante?
Eso el diablo que lo aguante,
Gregoria Gutierrez, no.—
Eso lo podrá sufrir
la que á morir se decida;
yo tengo en mucho la vida
y no me quiero morir.

LESMES. (Despues de un momento.)
Por vida de Barrabás!
¿Conque nada hay de lo dicho?
(Con intencion recelosa.)
¿No entra algun nuevo capricho
en este paso hácia atrás?

GREG. Quién sabe! (Con malicia.)

LESMES. (Celoso.) Tú amas á alguno.
Mas si lo sé á cierta ciencia...

GREG. ¿Qué hará usted? (Riendo.)

LESMES. (Ap. irritado.) Lo que es tu herencia
puedes pedirla á San Bruno.
(Alto.) Llama al momento á Isabel.
(En son de amenaza.)

Anda, yo sabré de cierto...

GREG. (Con mofa.) Va usted á evocar á un muerto?
(Señala á un velador.)
Aquí hay lápiz y papel.

ESCENA IV.

D. LESMES solo, en el mismo tono.

Un muerto!... papel y lápiz!...
(Irritado.) La muy coqueta se burla!
Hombre! ¡si yo fuera *medium*
para aclarar esta duda!
(Despues de un momento de reflexion.)
Pero quiá, si está más claro
que el resplandor de la luna!
Esta es el alma de Elena
que anda haciendo de las suyas!
Inspirando á esa muchacha
que renuncie á mi fortuna,
y obligando á que mi niña
tambien su boda rehuya,
desvanece mis propósitos
y vengo á quedarme á oscuras.
Canario! Aun despues de muerta
sigue siendo testaruda!
Está visto: se ha propuesto
que yo no viva en paz nunca,
y se empeña en contrariarme
en todo cuanto me gusta.
Esto no está bien; me carga
la libertad que disfruta
la mujer cuando se muere
y vuelve acá en nuestra busca.
Pues siendo como la mia
más celosa que una turca,
ni uno es feliz en la tierra
ni ella es feliz en la altura.
Y esto no es vivir, canastos!
siempre en guerra, siempre en lucha!
¿No quiere paz? Pues lidiemos,

y ya veremos quién triunfa,
si yo aragonés y vivo
y ella gallega y difunta.

ESCENA V.

D. LESMES, ISABEL.

ISABEL. ¿Me ha mandado usted llamar?
LESMES. Sí, te llamo sin misterio
para hablarte de algo serio
que debes adivinar.
ISABEL. Está adivinado.
LESMES. Bien,
entónces justo es que indique
que no me gusta que á Enrique
trates con tanto desden.—
Yo le he ofrecido tu mano
(Isabel llora en silencio.)
y tu mano le has de dar,
conque es inútil llorar
porque todo llanto es vano.
Procura tú obrar de modo
que yo mi intento consiga;
evítame que te diga:
lo sé todo, lo sé todo.
ISABEL. ¿Qué sabe usted?
LESMES. Que el dolor
con que mi afan dificultas
es un amor que me ocultas
y que conozco ese amor.
ISABEL. Pues si usted lo sabe ya
¿por qué tanta tiranía?
LESMES. Esa pregunta, hija mia,
dirígela á tu mamá.—
¿Ella que tan sin rebozo
hoy se expresó en el papel,
puede ignorar, Isabel,
los defectos de ese mozo?
¿Desconoce su razon
que ese novio predilecto

tiene el enorme defecto
de ser un tuno, un bribon?

ISABEL. No entiendo á usted. (Con suma extrañeza.)

LESMES. Lo concibo;
pero ese amor, que es tu gloria,
es el héroe de una historia
que lo pinta muy al vivo.
Historia que se sabrá
con sus pelos y sus señas
si en contrariarme te empeñas
lo mismo que tu mamá.

ISABEL. Dios mio!... ¿por qué cruel
evoca usted tal recuerdo?

LESMES. ¿Por qué?... Porque está de acuerdo
en este asunto con él.

ISABEL. (Haciendo esfuerzos por comprender.)
¿Con quién?

LESMES. Y estuve en un tris
de ceder á su manía;
ya se ve, ¡yo no sabia
que era medium don Luis!...

ISABEL. ¿Medium? (Cada vez más confusa.)

LESMES. Mas dí en el pastel
cuando á modo de acertijo,
él escribió y ella dijo:
—«salva á mi pobre Isabel.»—
Eh?... no te dice esto ya
que están de acuerdo en un todo?...
pues hoy yo no me acomodo
á dar gusto á tu mamá.
Que venga, la aguardo en calma;
por más que exija no cedo;
si un tiempo la tuve miedo
hoy no me asusta su alma.

ISABEL. (Con calor creciente y digno.)
No sé qué advierto ni toco
en usted! se me figura
que para más desventura
empieza usted á estar loco.
Que loco debe de ser,
ó cuerdo muy incompleto,
quien habla tan sin respeto

del alma de su mujer.
Quién sin locura notoria
presenta así el mal ejemplo
de hollar el sagrado templo
en que reza la memoria?
En ella tiene un altar
todo el que en el mundo muere;
respételo usted si quiere
que yo le quiera escuchar.
No profane usted la esencia
de aquella que me dió el ser,
que ella me enseñó á creer
y es muy santa mi creencia.

LESMES. Bien, sí, tambien aquí yo, (Señala el pecho.)
guardo ese rico tesoro:
¿piensas quizás que soy moro
porque tal te he dicho? No.—
¿Cómo puedes suponer
que tu corazon taladre
no respetando á tu madre
que fué al cabo mi mujer?
Lo que yo quiero decir,
segun el espiritismo,
es que si el alma es lo mismo
que era al tiempo de morir,
no quiero mi voluntad
poner, en todo, al servicio,
de un alma que tuvo el vicio
de una inmensa terquedad.

ISABEL. Ni esa disculpa tampoco
acepto yo, pues presiento
que es el alma el pensamiento
que anima al cuerdo y al loco.
Luz de un inmenso fanal
que es más clara y refulgente
segun que es más trasparente
su envoltura material.
Las almas nacen iguales;
faros son á mi juicio
que pintan el bien ó el vicio
segun que son los cristales.
Despues que á la libertad

rompen el corpóreo velo,
todo lo ven desde el cielo
con eterna claridad.—
Así, volviendo á su ser
de impalpable transparencia,
cobran su pristina esencia
de Dios al sumo poder.
Y como el turbio fanal
ya no las prende ni cierra,
y claro ven en la tierra
lo que es bien, y lo que es mal,
de nuestra ventura en pos
bajan aquí á consolarnos,
á enseñarnos y á ayudarnos
á ser más dignos de Dios.
Tal en mi pobre optimismo
es lo que concibo aquí; (Señala la frente.)
por que á no ser esto así
no entiendo el espiritismo.
Ahora bien, ó usted respeta
en mí esta rara teoría,
que vive en el alma mia
callada tranquila y quieta;
especie de religion
que siempre finge á la mente,
que está á mi lado presente
mi mamá del corazon;
ó si piensa en insistir
y en provocar un fracaso,
hable usted, porque en tal caso
ni debo ni quiero oir.

LESMES. Bien, corriente, no me pesa
haberte en esto escuchado,
porque juzgo que has hablado
como una Santa Teresa.
Más para que ponga yo
á tal discusion un dique,
dí lo que piensas de Enrique;
¿le otorgas tu mano?

ISABEL. (Resuelta.) No.

LESMES. No piensas ceder?

ISABEL. No cedo.

LESMES. ¡Tenacidad singular!
ve que aun me puedo casar,
que desheredarte puedo;
que á nada tengo temor,
y que no he de consentir
que llegues tu suerte á unir
con la de un estafador.
¿Quién, si obro así como rey,
podrá ampararte en tu duelo?
ISABEL. Mi madre allá desde el cielo,
y acá en la tierra la ley. (Sale.)

ESCENA VI.

D. LESMES, despues de salir, vacilando entre estallar de ira ó en dominarse.

¡Pues señor, burla mi objeto
con tan ruda resistencia!
Por lo visto la tal ciencia
no tiene en mucho el respeto.
¡De ampliacion de la moral
se califica á esta escuela!
—Qué tal? y aquí se revela
la obediencia filial! (Pausa.)
Si esto será una ilusoria
ficcion aborto del miedo?
mentira ó verdad me quedo
sin casarme con Gregoria.
Y á mí me importa lo mismo
que esta ruda realidad
se llame casualidad
ó se llame espiritismo.—
¿Qué genio así me condena
á que yo muera viudo?
(Preocupado.) Diablo! Y es que tiemblo y sudo
siempre que pienso en Elena! (Entra Enrique.)
(Con gran inquietud.)
Como ahora! héteme aquí
que no sé lo que me exalta;
¿cuando esta duda me asalta,
será que esté junto á mí?

ESCENA VII.

D. LESMES, ENRIQUE, que ha llegado silenciosamente.

ENR. (Poniéndole una mano en el hombro.)
Parece que se medita!
LESMES. (Estremeciéndose, sin atreverse á mirar.) Jesús!
ENR. Qué es ello?
LESMES. (Respirando.) Ah! qué miro?
¿Es usted?
ENR. Qué es lo que tiene
que está tan descolorido?
LESMES. No... nada! (Ap.) ¡Me has dado un susto!
Ahora te pegaba un tiro.
(Alto.) Nervioso, estoy muy nervioso,
ya lo ve usted.
ENR. ¿Qué ha ocurrido?...
¿Ha dado usted la batalla?
LESMES. Sí señor.
ENR. Y qué?
LESMES. Lo dicho.
ENR. ¿Me desahucia?
LESMES. Por supuesto.
La tiene el seso sorbido
don Luis, segun parece,
y estoy con eso que trino.
ENR. Vamos con calma: hace poco,
si mal no me acuerdo, dijo
que llenaba á usted de asombro
una prueba que habia visto
de esa ridícula farsa
que llaman espiritismo.
LESMES. Sí, ya caigo; usted alude
al encuentro del recibo
de don Luis?
ENR. Ciertamente.
¿Lo tiene usted?
LESMES. (Lo saca.) Aquí mismo.
Lea usted.
ENR. (Calándose los quevedos.) Venga, veamos.
Y dice así: «He recibido...»

LESMES. (Interrumpiendo.) De Bruno Gutierrez...
ENR. (Examinándolo.) Justo,
Bruno Gutierrez ha escrito.
LESMES. Y lo firmó.
ENR. (Sonriendo.) Firmó el suyo
en vez de firmar el mio.
LESMES. Por intervencion de Elena!
ENR. No diga usted desatinos;
como estaba preocupado
no supo lo que se hizo.
Pues bien, este documento
es la llave de presidio:
si usted sabe manejarla
triunfará de su enemigo.
LESMES. (Vivamente.) Ah! mire usted, lo que es eso
ya me habia á mí ocurrido.
Mas como el alma de Elena
trunca todos mis designios,
y en mi contra se resuelven
mis actos y mis juicios...
temo...
ENR. ¿Quién teme á los muertos?
Esos son cuentos de chicos;
si vinieran los que mueren
á mejorar á los vivos,
¿cómo en la tierra se dieran
tantos y tantos delitos?...
Usted creerá lo que quiera,
mas yo, que las cosas miro
de una manera más práctica,
de un modo más positivo...
LESMES. ¿Qué haria usted?
ENR. Infundir miedo
á ese mozo ó perseguirlo,
cobrarle los diez mil duros,
alejarle de estos sitios,
repartirnos el dinero,
y negocio concluido.
LESMES. (Ap. sorprendido.)
Canario!... y yo que pensaba
quedarme con ese pico
ya que su dueña Gregoria

no quiere apechar conmigo!
¡Y este me pide ahora parte!
¡Qué tunante! ¿se habrá visto?
¡Qué moral más pervertida!
¡Qué mundo más corrompido!
Para esta clase de gentes
¿qué vale el espiritismo?

ENR. Hombre, se ha puesto usted grave!
¿por qué está tan pensativo?

LESMES. No, no es nada, es que pensaba...
(Ap.) pensaba en armarte un cisco...

LUIS. (Fuera.) Quiero verle.

ENR. Él es!

LESMES. Caramba!

ENR. (Animándole.)
Ánimo, á sacar partido,
duro en él.

LESMES. (Mirándole con extrañeza y ap.)
Ay!... me parece
que este mozo es poco digno.

ESCENA VIII.

DICHOS, LUIS, de mal humor.

LUIS. Perdone usted que á esta hora
venga á encontrarle en su casa.

LESMES. (Ap.) Vaya un gesto! (Alto.) ¿Pues qué pasa?
¿qué le ocurre á usted ahora?

LUIS. (Á Enrique.) No vengo por Isabel,
conque estar puedes tranquilo.
(D. Lesmes se muestra alarmado.)
Vengo... porque estoy en vilo
por un suceso cruel.
Suceso de Belcebú
que yo no acierto á explicarme,
pero del cual puedes darme
algunas noticias tú. (Á Enrique.)

ENR. ¿Yo?

LUIS. La rabia me destroza
cuando pienso que mi hermana...

¿qué carta fué esta mañana
la que entregaste á Mendoza?

ENR. Una carta?

LUIS. Sí, á traicion.

ENR. ¿Á traicion?... Ve que eso es grave!

LUIS. ¿Pues no sé que sólo cabe
la infamia en tu corazon?

ENR. Me vienes á provocar?

LUIS. (Vivamente.) Qué dices de provocarte?
Lo que vengo es á matarte
si llego en tu infamia á dar.

LESMES. Hombre, don Luis, por Dios,
eso es subirse de punto.

LUIS. Perdone usted, este asunto
es asunto de los dos.
Y me importa averiguar,
ya que aquí le llego á ver,
si se sabe defender
como sabe calumniar.

LESMES. Pues hable usted, que á usted toca
revelar lo que le duela.

LUIS. Pues bien, sepa usted que Adela
está por su culpa loca.

LESMES. ¿Loca por su culpa? (Asombrado.)

LUIS. Sí,
que él la ha tendido una red.

LESMES. (Á Enrique.) Hombre, defiéndase usted,
¿por qué calla usted así?

ENR. Como ignoro la razon
y el cargo de que me acusa,
no cabe en mí dar excusa,
respuesta ó satisfaccion.

LESMES. Cierto. (Á Luis.) Explíquese usted más,
que tiene razon en eso.

LUIS. (Á Enrique.) Pues bien, haré tu proceso
y tú te defenderás.
Nuevo Adonis ó Quijote,
semana tras de semana,
has perseguido á mi hermana
por no pagarme su dote.
Que en tu loca pretension
codicia y no amor habia;

lo dijo ayer todavía
tu indigna proposicion.
Y fué tu orgullo tan vano
y tan vil tu proceder,
que debiendo ya saber
que no era suya su mano,
con necia procacidad
á hablarla fuiste de amor,
sin respetos á su honor,
sin respeto á la amistad.
Que ella pagó con desden
tu descocado cinismo,
lo sabes como yo mismo
y mejor que yo tambien.—
Mas tu ciega presuncion
abriéndote una esperanza,
te ha dicho hoy, «¿qué no alcanza
hombre que tiene un millon?»
Y sin pararte en pelillos
hoy has vuelto á pretender...

LESMES. (Á Enrique con enojo.)
Hombre, pues eso es comer
por lo visto á dos carrillos.
¿Si era tal su pretension,
á qué hacerme aquí el papel
de pedir á mi Isabel
con frenética pasion?

LUIS. Espere usted; desahuciado
por Adela nuevamente,
como una astuta serpiente
de su desden se ha vengado.
El cómo no lo sé yo
y esto mis iras coarta;
mas ¿cómo hubiste esa carta
que á Juan entregaste?

ENR. (Turbado.) ¿Yo?

LUIS. Ve que negarlo es en vano,
pues aunque andubiste listo,
existen ojos que han visto
que á Juan la diste en la mano.
Y cogido en tus anzuelos,
porque la carta es de ayer,

lograste en Juan encender
el enojo de los celos.
Y como siempre provoca
tal pasion la duda insana,
Juan ha roto con mi hermana
y Adela se ha vuelto loca.

LESMES. ¿Loca en verdad? (Asombrado.)

LUIS. Sí por cierto,
y da en la rara manía
de decir que ella escribía
la tal epístola á un muerto.
Á un espíritu liviano
que por los espacios vuela,
y que viene junto á Adela
al son del Wals de Benzano.
¿Ve usted á qué fatalismo
la idealidad nos conduce?
Pues esto es lo que produce
el fatal espiritismo.
Se entra en él muy poco á poco,
con sus visiones nos ciega,
y á poco tiempo se llega
á ser estúpido ó loco.

LESMES. (Vivamente.) No, usted no puede decir
que esa ciencia es ciencia vana:
¿No ví á usted esta mañana
hacer pruebas y escribir?
¿No me dió usted el papel
para ver lo que rezaba?
¿No era Elena la que hablaba
en defensa de Isabel?
¿Cómo niega usted así
lo que está claro y patente?

LUIS. Pues lo diré francamente,
en todo aquello, mentí.

LESMES. (Con calor.) Que mintió?—No lo concibo!

LUIS. Mentí, por más que se asombre.

LESMES. ¿Pues cómo estampó su nombre
al final de este recibo? (Se lo da.)

LUIS. (Pasmado.) El de don Bruno! (Queda pensativo.)

LESMES. Eh? qué es eso?
¿Se confiesa usted deudor

de don Bruno?

LUIS. (Resueltamente.) Sí señor,
soy su deudor, lo confieso.

LESMES. Entónces diga usted hoy
que esto es asombroso y raro.

LUIS. Yo un milagro no declaro
si cuenta dél no me doy.
Á otro que yo hiciera mella
tal *quid pro quó*, soy sincero,
mas no creyendo, no quiero
seguir esa oscura huella.
Si preocupado quizás
yo mismo me he descubierto,
¡no haga usted cómplice á un muerto,
por vida de Satanás!
Y basta de tal querella;
loco fuí, soy caballero: (Saca un talon.)
Tome usted, ese dinero
pertenece á su doncella.

LESMES. (Admirado.) Usted la devuelve...

LUIS. Pues;
¿eso el daño no corrige?
y hay más, si interés exige
que ella fije el interés.
Y no hablemos de esto ya,
que importa más mi proceso.

ENR. ¿Insistes, Luis, en eso?

LUIS. Que si insisto? Claro está.
Yo necesito ahora mismo
de esta carta una razon.

ENR. Hombre, ¡si esas cosas son
cosas del espiritismo!
Quizá un espíritu inquieto
entremetido y falaz,
revistiéndose mi faz
sin conciencia ni respeto,
hoy con dañina intencion
quiere embrollarme contigo.

LUIS. (Indignado y con desprecio.)
Malvado! ¿crees que conmigo
te valdrá esa explicacion?

LESMES. Ah! don Luis, poco á poco,

no arme usted aquí quimera.
(Á Enrique.) ¿No dijo usted ántes que era
eso el delirio de un loco?
¿Pues cómo vuelve el papel
ahora que se ve cogido?...

ENR. (Turbado.) Es que...

LESMES. (Con intencion.) Ya!... usted no ha nacido
para esposo de Isabel.

ENR. Me arroja usted de su casa?

LESMES. Lo despido, caballero,
que por la corteza infiero
lo que puede ser la masa.
Conque... (Despidiéndole.)

ENR. (Procurando recobrar su aplomo.)
Bien; sí, estoy de sobra...

ESCENA IX.

DICHOS, ISABEL y GREGORIA.

ISABEL. (Á Gregoria vivamente.) Es ella, sí, acude, vuela.
(Sale Gregoria por el foro.)

LESMES. Qué es eso?

ISABEL. (Alegremente.) Que viene Adela.

LUIS. (Deteniendo á Enrique.)
Oh! detente á ver tu obra.

LESMES. (Asustado.) Adela?

ISABEL. Sí por mi vida.

LESMES. Qué desgracia!

ISABEL. Pues qué tiene?

LESMES. ¡Que está loca!

ISABEL. (Espantada.) ¿Loca viene?
Jesús!... (Sale precipitadamente.)

ESCENA X.

DICHOS, el SONÁMBULO, D. JUAN.

SONAMB. Loca no, dormida.

LUIS. (Volviéndose.) Eh?

LESMES. Dormida?

SONAMB. Sí señor.

LUIS. (Asombrado.) ¿Dormida?
SONAMB. (Con solemnidad.) Silencio, calma:
De la existencia del alma
esta es la prueba mayor.
Inerte y sin libertad
á mi fluido sometida,
ahora es la ley de esa vida
la ley de mi voluntad.
LUIS. (Impaciente.) Vaya!... otro nuevo embolismo¡
JUAN. Calla, Luis, que esto es grave.
Poco sabe el que no sabe
lo que puede el magnetismo.

ESCENA XI

DICHOS, ISABEL, GREGORIA.

ISABEL. (Como espantada.) Ah!... desventurada!
LESMES. (Con ansiedad.) Quél
LUIS. (Ap. con ira.) Demonio de trampantojos!
GREG. ¡Si trae abiertos los ojos
y parece que no ve!
¿Quién tiene el alma de roca
que no llora al verla así?
JUAN. Oh, silencio, ya está ahí.
LESMES. Calla, digo. (Á Gregoria, impaciente.)
GREG. ¡Pobre! ¡loca!
(Movimiento de lástima y curiosidad en todos.)

ESCENA XII.

DICHOS, ADELA, que entra lentamente hasta colocarse en el centro de todos los personajes, que siguen sus movimientos con silenciosa curiosidad.

ADELA. (Con la vaguedad de su estado.)
¡Vivir en este oceano
de luz! ¡Cuánta transparencia!
(Estremecida de placer.)
¡tu esencia junto á mi esencia!
(Con deleite.) ¡Qué hermoso es esto, Luciano!
El eter! ¡Esto es vivir!...

¡La eternidad! ¡cuánto yerra
el que se afana en la tierra
por prolongar su existir!
La tierra! ¡mundo de horror!...
¡allá tan bajo y profundo!...
(Entusiasmada.)
Ah! Dios mio! ¡Si este mundo
es el mundo del amor!
Por tí he salvado el encierro
en que tanto he padecido;
Ay! ¡si el mundo en que he vivido
es un mundo de destierro! (Llora.)

SONAMB. (Tomándole la mano.)
¿Por qué lloras?... ¿Qué hay en él
que aún suspiras á su nombre?

ADELA. Es que allí he dejado á un hombre
que era tu retrato fiel.

SONAMB. Le amabas?

ADELA. Con frenesí,
con ceguedad, sí, me acuerdo;
lo amaba como un recuerdo
que me llegaba de tí.
Era como tú, galan,
leal como tú; y ahora
que me ha perdido, me llora,
(Mendoza se enjuga los ojos.)
¡llora por mí! ¡pobre Juan! (Con gran pena.)
Pero dudó de mi honor, (Con intencion.)
dudó de mi honor un dia
porque creyó que vendía
infame y torpe su amor.
Mas no le culpo, Luciano, (Con suma bondad.)
¿cómo culparle podria,
si Juan entónces cedía
á un espíritu villano?

SONAMB. Á cuál?

ADELA. Al de un impostor (Con ira.)
que compró á mi dueña Marta,
y ella le vendió una carta
en que hablaba de tu amor.

LUIS. (Cogiendo á Enrique.)
Infame!

JUAN. (Conteniéndole.) Los labios sella.
ADELA. ¡Por eso su amor perdí! (Se sienta y llora.)
LUIS. (Á Enrique.) En cuanto salga de aquí
os mataré á tí y á ella.
JUAN. Oh! no á fe; su vida abono!
LUIS. Cómo?
JUAN. (Á Enrique.) Perdonado estás;
piensa en que morir tendrás,
en que hay Dios—y te perdono.
LUIS. Pero...
JUAN. Déjalo que parta.
LUIS. Cometes una tontuna.
JUAN. Vete... y piensa en tu fortuna. (Á Enrique)
¡No la pierdas á otra carta!
ENR. Te agradezco la leccion
y pensaré en ello en calma!
(Ap., saliendo preocupado.)
Conque hay cielo?... ¿Conque hay alma?
¿Tendrá esta gente razon?
(Sale. Adela hace un movimiento para hablarle y todos se agrupan en torno suyo.)

ESCENA XIII.

DICHOS ménos ENRIQUE.

SONAMB. Sufres, Adela?
ADELA. (Levantándose.) No á fe,
no sufro. (Sonrie.)
SONAMB. ¿Qué ves ahora?
ADELA. Veo que don Juan me adora,
que ya no duda, ya cree.
(Con suma fe y alegría.)
Sí, ya no hay miedo que tiña
su faz de dolor cruento;
mas cruza conmigo el viento,
(Tristemente.) ¿ves cómo llora esa niña?...
Presa de un dolor cruel
la afliccion su rostro empaña.
¿Qué temes? ¡Si te acompaña
siempre tu madre, Isabel!
Vaga de tí en derredor

con tanto afan noche y día!...

ISABEL. (Llorando.) Madre mia! madre mia!

LESMES. (Ap.) ¡Estoy muerto de terror!

ADELA. Pero da tregua á tu pena,
que el bien á tus puertas llama;
vive! El que amas, te ama.
¡Eres tan honrada y buena!...

ISABEL. (Mirando á Luis.) Oh, Dios mio!...

LUIS. Yo soy, sí.

LESNES. Qué hago yo? dale tu mano. (Á Isabel.)

ADELA. (Sonriendo.)
¡Ya es feliz! (Con disgusto.) Vamos, Luciano,
huyamos pronto de aquí.—
Hay algo tan terrenal
encerrado en esta estancia,
que me causa repugnancia
su contacto material.

LESMES. (Ap. aterrado.) Ah! comprendo la alusion!

SONAMB. Espera un momento, espera.
¿No tienes en esta esfera
que llenar una mision?

ADELA. Ah, sí, servir de consuelo
á don Juan.

SONAMB. Llénala pues.

ADELA. Ay, ¿no podemos los tres (Con pena.)
vivir juntos en el cielo?...

SONAMB. Penetra en el porvenir.

ADELA. Quién tu voluntad resiste?
(Con amarga tristeza.)
Vivir! Ay Dios! ¡si es tan triste
el resignarse á vivir!

SONAMB. ¿Conque entónces es verdad
que tras de la tumba oscura
hay otra vida más pura
que se llama eternidad?
¿Conque el alma libre en ella
cruza ese cielo gigante
y baja á la tierra amante
sin dejar rastro ni huella?
¿conque cuando baja aquí
sirve al vivo de consuelo?

ADELA. No has venido tú del cielo

para consolarme á mí?

SONAMB. Hay quien duda.

ADELA. ¡Es vanidad!

SONAMB. No es valor?

ADELA. No, su remedo.
El que duda tiene miedo
de hallarse con la verdad.

SONAMB. Miedo! sí, tal vez acierta
tu razon! (Á todos.) á ella os remito:
¿quién penetra en lo infinito?
negad ó creed.—Despierta. (Á Adela.)

ADELA. Ay! ya me dejas, Luciano?

SONAMB. Mi espíritu vuelve allí. (Señala al cielo.)
Despierta.

ADELA. (Tristemente.) Adios, piensa en mí.
(Suena fuera el wals.)

LUIS. Qué suena?

SONAMB. El Wals de Venzano.
(Asombro general.)

GREG. (Asustada.) Dios mio!... me vuelvo loca
y no acierto á comprender...
Canario! yo voy á ver
quién es quien por fuera toca. (Sale.)

ESCENA XIV.

DICHOS, ménos GREGORIA.

ISABEL. Jesús!

LUIS. Se turba mi mente!
¿quién niega tal testimonio?

JUAN. (Señalando al balcon y dando aire á Adela.)
Abre el balcon.

LUIS. (Al abrirlo retrocede.) ¡Qué demonio!
si están bailando ahí en frente!

ISABEL. Y qué?

LUIS. No oyes el compás
y el eco de ese piano?

ISABEL. Qué toca? (Yendo al balcon.)

LUIS. ¡El Wals de Venzano!
(Riendo y yendo á otro lado.)
Si esto es farsa y nada más!

ADELA. (Despertando.) Jesús! ¡cómo estoy aquí?
Estoy dormida ó despierta?
SONAMB. Adela, ha estado usted muerta,
y ahora vuelve usted en sí.
ADELA. Ah sí, al tornar en mi acuerdo
siento en mí una vaguedad!...
Sueño, vision, realidad,
¿qué es esto que no recuerdo?
(Viendo á Mendoza á sus piés.)
Ah! ¡Juan!
JUAN. (Con pasion.) Llámame Luciano!
ADELA. (Llorando.) Ah! ¡te perdí y lo perdí!
JUAN. No, no Adela; ni á él, ni á mi:
¿No oyes el WALS DE VENZANO?
(Todos permanecen un tanto abstraidos y cae el telon al compás de las notas del wals.)

FIN.

Precio: 8 *reales*.